

AÑO I

MADRID, 8 DE NOVIEMBRE DE 1942

NUM. 45

CUADERNO DE CUENTOS DE ESCRITORES ESPAÑOLES ACTUALES

SUMARIO

El cuento y los cuentistas españoles, por Juan Antonio Tamayo. Página 2.

La hija del mascarnero, por Pedro Alvarez. Páginas 3 y 4.

Juan o Carlos y Carlos o Juan, por Tomás Borrás. Páginas 5 y 6.

Angelita o las semillas del Paraíso, por Ledesma Miranda. Páginas 7 y 8.

Carmela en los Estudios, por Alfredo Marquerie. Páginas 9 y 10.

Jardín Botánico, por Samuel Ros. Páginas 11 y 12.

Cuando los Magos no venían, por José M. Sánchez-Silva. Páginas 12, 13 y 14.

Lo que no se vende, por Juan Antonio Zunzunegui. Páginas 15 y 16.

Ilustraciones de Pedro Bueno, Tauler, "Kin", Eguía, Serny, Escassi y Segura.

El cuento y los cuentistas españoles

Por JUAN ANTONIO TAMAYO



NADA más fácil en apariencia que escribir un cuento. La invención de una pequeña anécdota, un poco de ingenio, unos minutos en que la pluma traza en las cuartillas signos casi indiscutibles y ¡ya está! He aquí algo que muchos creen. Por eso, frecuentemente, en los balbucesos literarios de las larvas de escritores suelen marcarse dos grupos que señalan diferente ambición y ánimo: el de los que empiezan intentando componer un poema que no pasa del canto primero, y el integrado por los que se conforman con la modesta travesura del cuentecillo. Por otra parte, raros son los escritores, ya en su madurez profesional, que no han escrito y publicado algún cuento, aunque su vocación sea muy otra. Pero se trata de un trabajo corto, de escaso esfuerzo, y que puede justificar una ocasional colaboración.

El cuento, sin embargo, tiene sus dificultades, su técnica, sus secretos, sus trucos y su historia. Conviene que concedamos a un buen cuento su verdadero valor, seguros de que no todos los escritores pueden ser cuentistas y de que muy pocos son cuentistas buenos.

Muchos temas literarios, que han sido objeto de versiones modernas, tienen abolengo remotísimo. Allí en la lejana India, hace tantos siglos que no puede precisarse su número, hubo riquísima floración de breves relatos, reunidos más tarde en colecciones; la más conocida de ellas, el «Panchatantra», parece fué compuesta hacia el siglo VI. En el mismo siglo, aunque de una versión de mayor antigüedad, fué hecha una traducción pehli. De esta traducción persa procede la que, en el siglo VIII, hizo el árabe Abdallah-Aben-Almocaftá, y de ella, la castellana, que no es otra sino el «Libro de Calila e Dymna», que, según la tradición, fué mandado romancear por Alfonso X, siendo Infante. Otro libro vertido al castellano en esta época, por orden del Infante Don Fadrique, fué el «esendebar» o «Libro de los enganos et assayamientos de las mugieres». Un judío converso, Pedro Alfonso, pone en latín los cuentos de su «Disciplina clericalis». Surge el gran cuentista medieval D. Juan Manuel con su «Libro de Patronio o Conde Lucanor»...

El cuento en la Edad Media es breve y sencillo. Como tiene, por lo común, un claro propósito moralizador y docente, no existe un límite preciso entre el cuento y lo que hoy denominamos fábula. En las colecciones indias, los personajes son frecuentísimamente animales, mas en Occidente el cuento tiende cada vez más a humanizarse. Se sigue manteniendo, eso sí, su carácter didáctico, como demuestra su habitual designación: ejemplo. Muchas veces el pretexto de estas colecciones de ejemplos es el adoctrinamiento de algún noble o príncipe. Tal ocurre en «El Caballero Cifar».

El Renacimiento hizo olvidar esta obsesión moralista y utilitaria, a la par que subraya lo que el cuento tiene de intrascendente, de pura diversión, de ficción bien urdida, de mero embuste y enredo: de juego, en definitiva. «Patañuelo» llamó, por ello, Juan de Timoneda a una de sus colecciones. La novela, esa hermana mayor del cuento, era definida como «marañón». Influyen los italianos, como Boccaccio y Bandello, cuya lozanía y rica vena hallan ecos en relatos de convencional idealismo que tienen poco de común con la recia raíz realista de nuestro arte. Nuestro realismo se manifiesta, sin embargo, en otras obras que van a constituir lo más valioso y original de la literatura española: la picaresca y las creaciones mejores de Cervantes. A principios del siglo XVII el arte de narrar en prosa alcanza insospechada soltura y gracia merced, sobre todo, al maravilloso genio del gran don Miguel... Pero todavía entonces no se había llegado a cuajar una diferenciación sistemática y genérica de las diversas clases de relatos. Hoy distinguimos perfectamente, por su extensión y los recursos técnicos empleados, la novela larga, o simplemente novela, de la novela corta y del cuento.

Los tres géneros se nos aparecen como perfectamente definidos, con su fisonomía propia, dentro del aire de familia que los enlaza, aunque no dispongamos, como los franceses, de tres palabras para distinguirlos—romans, «nouvelles», «contes», sino solamente dos—novela y cuento—por haber dado otro sentido, tradicional y poético, a la voz romance, lo que nos obliga a la incómoda aclaración: novela, novela corta y cuento. Pero, ciertamente, sentimos hoy cada uno de estos conceptos como algo diverso, con esencia y sustantividad propia. No ocurría así en el siglo XVII. Cervantes no había explicado su insuperable lección, y tanto la novela propiamente dicha como la novela corta—después de los magníficos modelos cervantinos de las Ejemplares—tuvieron buen número de cultivadores. Pero el cuento no alcanzó la misma suerte; no evolucionó, sin duda, porque le faltó el impulso genial del autor del «Quijote». Junto a la rica floración de relatos novelescos—largos como el «Guzmán de Alfarache» o el «Buscón», o cortos, como «El Curioso Impertinente» o «Las fortunas de Diana»—el cuento queda reducido a anécdotas brevísimas, consagradas, las más de las veces, a recoger un rasgo de ingenio chispeante, una agudeza, que solían ser interpoladas en obras de mayor extensión, ya novelescas, como las de Cervantes; ya de tendencia moral, como las de Guevara, o en libros de «varias», del tipo de «Los Cigarrales de Toledo», del maestro Téllez.

La existencia de algunos relatos breves denominados novelas, que por su extensión y artificio se aproximan al cuento actual, como la «Historia de Abencerraje y de la hermosa Jarifa», de autor desconocido; «Los tres maridos burlados», de Tirso de Molina, y algunos de Castillo Solórzano y de otros varios ingenios, no desvirtúa, por su escaso número, nuestra teoría. Son, si se quiere, novelas cortas insuficientemente desarrolladas, o cuyo asunto no daba de sí para mayor extensión, pero concebidas como tales y no como simples cuentos. Quedaba esta designación para rasgos brevísimos, de dos o tres páginas a lo sumo, y, por lo general, de una docena de líneas. Igual carácter tienen los cuentos en verso—en romances o en redondillas, con preferencia en estas últimas—que nuestros autores dramáticos del gran siglo, desde Lope a Calderón, suelen intercalar en sus comedias, poniéndolos casi siempre en labios de la figura del donaire: una agudeza, expuesta con la mayor concisión, en una docena de versos: tal es el cuento clásico engastado en el teatro.

No se desarrolla más el cuento en el siglo XVIII; por el contrario, agoniza, en aquella época en que la moda racionalista francesa oprime y ahoga la imaginación de nuestros mejores ingenios. El cuento medieval, de aire ejemplar y didáctico, transformado en el Renacimiento en pura anécdota intrascendente y después en simple rasgo de humor, desaparece, diluido en aquella atmósfera de prosaísmo, en la que es grato volver a la simple y auténtica fábula, en donde la intención docente no sólo tenga evidencia, sino expresión literal. Mas no hemos perdido nada, porque, en generosa compensación, aparece el cuento moderno.

III

El cuento en su forma moderna es creación del siglo XIX y se inicia en la época romántica. Al Romanticismo pertenece la revalorización del cuento en su doble aspecto popular y culto.

Existen, en efecto, dos tipos de cuentos, cuya vida fluye paralelamente a lo largo de los siglos: el cuento popular, integrado por viejimas anécdotas repetidas cien veces y transmitidas oralmente de padres a hijos y de abuela a nieto, y el cuento culto, imaginado y escrito por un hombre de letras que aspira, por lo común, a la originalidad del tema desarrollado con arreglo a una técnica sabia.

Por lo que se refiere a los cuentos populares, corriente soterrada de la literatura narrativa que había venido fluyendo mansa y quedamente durante tantos siglos, relatos a los que pudiéramos llamar, parodiando la frase que Santillana aplicara a los refranes, «cuentos que las viejas dicen tras el fuego», en la época romántica empiezan a ser objeto de atención y estudio, como un fenómeno más de ese arte tradicional e ingenuo que había legado a España su tesoro de canciones y roman-

ces. Desde entonces el folklorismo ha tejido infatigable su tela de araña en la que aprehender el zumo de siglos de las consejas. Poco se ha hecho en nuestra Patria por lo que se refiere a este afán colector curioso; pero libros como los «Cuentos de Maricastaña», del andaluz integral Antonio Alcalá Venceslada, y la colección «Cien cuentos populares», de José A. Sánchez Pérez, que acaba de aparecer, revelan que la tarea no está cumplida y que no faltan del todo hoy espíritus finos que, dentro de la forzosa limitación de la iniciativa privada, se aprestan a la amorosa labor. La reciente creación, en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de una Sección de Folklore permite confiar en una próxima y fecunda sistematización de los trabajos.

Mas las mariposas de los cuentos tradicionales no sólo han ido a integrar las colecciones de los entomólogos del folklórico, sino que han pasado, muchas veces, a ernar las obras de los escritores cultos que buscaron en su vibración popular el colorido y seducción de lo pintoresco. A la feliz contribución de los elementos populares deben las obras de Fernán Caballero su mayor atractivo.

El cuento culto se desarrolla y perfecciona a partir de la época romántica. Ya no se limita a brevísimas anécdotas, y, sin aproximarse a los más amplios contornos de la novela corta, admite una complejidad de elementos que el cuento antiguo desconocía. Es una época en que se vuelven los ojos a la Naturaleza, aunque tal vez con obsesión más escenográfica que realista, y en que se observa la vida, las costumbres y los hombres con aquella obsesiva atención que da origen a las famosas colecciones «Los españoles pintados por sí mismos» y «Las españolas pintadas por los españoles». Aquel gusto por el cuadro y el tipo pintoresco no podía conformarse en el relato, por breve que fuera, con una cosa directa, sin motivación ni caracterización de personajes; de ahí que el marco del cuento se ensanche y amplíe. Todavía el cuento romántico no es una cosa de líneas concretas y firmes, pues el Romanticismo estaba más atento a romper normas que a crearlas. Al menos el romanticismo exaltado y de combate, que nos da obras como la curiosísima «novela en verso y prosa» de don Patricio de la Escosura «Los desterrados a Siberia», publicada en «El Panorama» en 1839. Pero no ha de tardar una tendencia más realista y equilibrada en ofrecernos, en el último tercio del siglo XIX, un tipo de cuento perfectamente construido que había de perdurar hasta nuestros días.

El cuento culto logra ya formas definidas y perfectas. Dentro de su rapidez exige una motivación psicológica, y no ha de prescindir de la pintura de ambiente, paisajes y tipos; todo ello con una técnica rápida y nerviosa, pudiéramos decir apresurada; con una precipitación impuesta por los límites de la obra, que, aunque son mucho más amplios que los de la breve anécdota clásica, resultan henchidos por la multiplicidad de elementos con que ahora se ha enriquecido el relato. De esta necesidad de constreñir la narración nace la gran dificultad del cuento. Y de ahí la escasez de buenos, de auténticos cuentistas. El escollo se hizo mayor cuando la técnica naturalista impuso una mayor morosidad, un máximo cuidado de lo mínimo, del pequeño detalle, con el gusto por la lenta y minuciosa descripción que hacían de la novela un arte notarial y de inventario. El cuentista, arrastrado por su manera de ver el relato, según la nueva estética, se entretenía con exceso en el planteamiento de la anécdota, que después, acuciada por la necesidad de mantenerse en los impuestos límites estrictos, corría veloz a morir en un desenlace precipitado, al que se llegaba prematuramente. Es cierto que esta dificultad tenía una fácil solución: hacer que los cuentos fueran más largos. Y, por lo general, lo son los mejores; por ejemplo, varios de Clarín. Pero este ardid, el de ensanchar el cuadro hasta aproximarlo al ámbito de la novela corta, no era posible más que en algunos casos; los menos. Porque la mayor parte de los cuentos habían de ajustarse a los límites impuestos por las condiciones materiales de los periódicos y revistas en cuyas páginas serían dados a conocer. El desarrollo moderno del periodismo ha traído consigo a la literatura un resurgimiento del relato

breve, pero le ha impuesto a la vez la servidumbre de su limitación. Dentro y fuera de ella, en el siglo XIX, se han escrito bellos cuentos, y ya es bastante honor pasar entre sus cultivadores nombres como los de Valera, Palacio Valdés, la condesa de Pardo Bazán, «Fernanflore», el conde de las Navas... Escritor ha habido, como Alarcón, discutido en sus novelas largas y aplaudido sin regateos en los géneros menores: novelas cortas y cuentos. Es la época de los concursos, en que un premio logrado con oportunidad consagra a un escritor: tal es el caso de José Nogales y de «Las tres cosas del tío Juan», su primero y último gran triunfo literario.

...Todavía hoy se escriben estos cuentos de arquitectura realista, en los cuales el escritor frecuentemente se demora tanto en la cimentación que apenas le queda tiempo para colocarle el garbo de la vetusta. Se escriben, sí, como todavía se pintan cuadros de ese arte honrado, aprendido en los maestros de nuestra vieja y gloriosa pintura del siglo XVII, y con ellos, a veces, hasta se logran primeras medallas. Pero, de igual modo que nuestros pintores jóvenes han superado el estricto realismo, nuestros cuentistas saben también de un arte nuevo más travieso y libre, que no es ya la copia de la realidad, con su aspecto ambicioso de documento humano, sino una vuelta al puro juego de la mente con un aire juglar de ideas y sensaciones.

El cuentista español actual, hore de las ligaduras férreas del naturalismo, ha adquirido un empaque ágil y señorial; porque sabe que una metáfora es más artística y eficaz que una larga y fatigosa enumeración y que para pintar a un personaje no hay que describirlo minuciosamente todo él, sino sólo subrayar con una pincelada certera su nota diferencial y característica; porque sabe que no un largo diálogo, sino una sola frase, transida de dolor, es lo que lleva la emoción al lector; porque sabe que, a veces, la rebeldía de las mismas cosas inanimadas pone el mejor comentario irónico a los actos humanos; porque está seguro, en suma, de que es obrero de un arte cuajado y eficaz que tiene la forma justa y estricta de la propia piel en el desnudo armonioso, donde nada sobra ni falta, y no se debate en la estéril lucha del que quiere reducir su natural corpulencia a las implacables dimensiones de un traje que lo está estrechando.

La obra de los escritores de hoy permite augurar una brillante etapa en el cultivo del cuento y de la novela corta, que se adapian mejor, por otra parte, a nuestra vida eléctrica que los relatos largos y morosos que solían surgir de las plumas de los novelistas. Mucho se ha hablado de la decadencia de la novela, y hay quien la atribuye al agotamiento de los temas. Evidente error; porque los temas son eternamente los mismos, y lo único que se renueva en ellos son las formas. Las causas de la decadencia de la novela hay que buscarlas en la agitación de nuestra vida, que no nos deja vagar para largas lecturas, y en que la evasión de lo cotidiano, que antes se realizaba frente a un libro, ahora tiene más fácil y cómoda satisfacción ante la pantalla en un cine. En cambio, el arte del buen cuentista ha de continuar seduciendo al lector.

Y buenos cuentistas, excelentes, los tenemos, por fortuna. Prueba evidente en tus manos, lector, en este número de EL que te ha ofrecido el don de estos siete cuentos... Escritores jóvenes, pero ya consagrados por el aplauso, te los ofrecemos. Cada uno de ellos ha escrito un cuento para vosotros. Y todos ellos son poetas. Porque son jóvenes y porque, en verso o en prosa, sin un impulso poético no se atrevían dar su visión del mundo y de las almas...



La hija del mascaroneiro

Por PEDRO ALVAREZ



CUANDO divisaron los molinos amagando aspavientos por la indecisión del aire en la hora muerta de la tarde, los que iban a la zaga del preso arreciaron en sus gritos. Enfurecieron con las sugerencias patriarcales de las blancas molindas que en ellos se molidaban y que hubieran podido perder para siempre por la desidia de aquel hombre que iba entre los guardias.

—¡A la horca, a la horca con él!—clamaba la multitud levantando polvaredas sobre el corte de los terraplenes, según caminaban a la orilla del mar.

—Estamos vivos por mí, que vi el peligro y di la alarma—voceó uno, con trazas de pescador, desgañándose para hacerse escuchar en el bullicio.

Con estas y otras vociferaciones se oían confundidos el suave rumor de las olas al recadear rebaños de espuma hecha corderillos en la lejanía y en el hostigadero de la escollera, y el chirriar de las gaviotas con expresión macábrica, como si agoraran un fin funesto para toda aquella carne de degollina sarracena.

—¡A la horca con él! ¡Colguémosle de un aspa para que devane nubes y limpie horizontes a ver si ve venir galeras...!

Dejó de titubear el aire y sopló el viento de las montañas arrastrando el dulce estremecimiento de los árboles y la cadencia de las norias con el rebufido de los borricos que sacaban el agua para regar los huertos.

—¡Tengo sed!—pidió el preso, añusgado de polvo y saliva pegajosa por la emoción. Tornisqueó un guardián el cazumbre que lo maniataba, y ramaleando de él como si fuera una bestia, lo hoció de bruces en el suelo:

—Allí te la darán—rió luego, mostrándole de mamo la el pueblo enfoscado entre almeces y chumberas.

—¡Atémole a un cigñal, que suba y baje al pozo como un odre, hasta que se hinche; así apagará la sed y nosotros la venganza!—se desaforaba una mujer al contemplar la perspectiva de aquellos palitroques que se alzaban sobre los bancales como horcas sin reo.

Percibíase el olor ungido a que trascendía el olivo quemado en los hogares, y por esta sensación plácida del perfume, uno de los guardianes respondió, sin mirarla siquiera:

—Mejor estábais junto a la lumbre, preparando la cena. A todas habría que colgaros de los pielgos para que no hablárais tanto...

—Su obligación era avisarnos—amenazaban las mujeres con el puño—. Estaría martirizando a esa bruja que tiene en casa para que le ponga caras feas y pueda copiarlas en los mascarones que hace. Es una bruja anclada. La tiene estacada en un áncora para que no se le escape. ¡A la horca, a la horca con él!

Cuando llegaron a la entrada del pueblo comenzaron a sonar las campanas. Llamaban a concejo al vecindario para que se reunieran los vecinos en el portal de la iglesia, según mandaban las Ordenanzas, que, muy engolado y espolonado, leyó un alguacil ante la mesa de las autoridades y el Cristo colocado sobre ella entre dos blandones, cuya llama, entre dos luces, ponía tinte lúgubre en la muchedumbre tendida por las losas de las sepulturas y los poyos, a la vera de las paredes.

—"...asimismo, mandamos a todos nuestros súbditos de estos reinos y los de allende los mares que para la represión y castigo de la piratería se constituyan en Tribunal de Justicia en la forma susodicha y procedan a juzgar y sentenciar a los que arriba se han especificado, así como al que por razón de haber sido nombrado vigía o atalaya y tenga que velar por la seguridad de todos, no haya cumplido con su incumbencia por negligencia u otra cualesquiera forma que le impida el acecho en caso de peligro, para tocar a rebato y dar la señal de alarma."

Continuó leyendo más prosa procesada y leguleya el alguacil aquel, y una vez que hubo acabado le pidió se acercara a la mesa y jurara sobre los Santos Evangelios y ante el bendito Cristo.

—Os deseo por siempre paz y bienaventuranza eterna—dijo el preso, desalentado, observando con ojos macilentos a los que le rodeaban.

—Habla como si fuéramos a morir—refunfuñó un vejete acostumbrado a llevar la voz cantante en todas las reuniones.

—Cara de santo y hechos de demonio. Habla como si dijera sermón, para esconder su trapacería. ¡Que jure otra vez, que jure delante la cara de Dios!—bracó un titón, santiguándose a lavadizo de gato la carota abotargada y tostada por el mar.

—¡Juro por Nuestro Señor Jesucristo y sus Santos Evangelios que diré verdad!—exclamó el preso, recobrándose con una gallardía y apostura extrañas para la edad que representaba y la fatiga que tenía.

—Dice que "diré". ¿Cuándo, dentro de cien años? Di que "digo", y no digas que "diré"—desconfió, ladino, el de antes.

Jugaban muchachos en la plaza, ajenos a lo que en el portalón de la iglesia sucedía, y para acallarlos, con ínfulas de títere letrado, saltó sobre las piernas y chavercos de los que tendidos esperaban en qué paraba aquello. Cuando se hubieron calmado los gritos y regocijo de la chiquillería, a una indicación solemne del presidente el preso prosiguió:

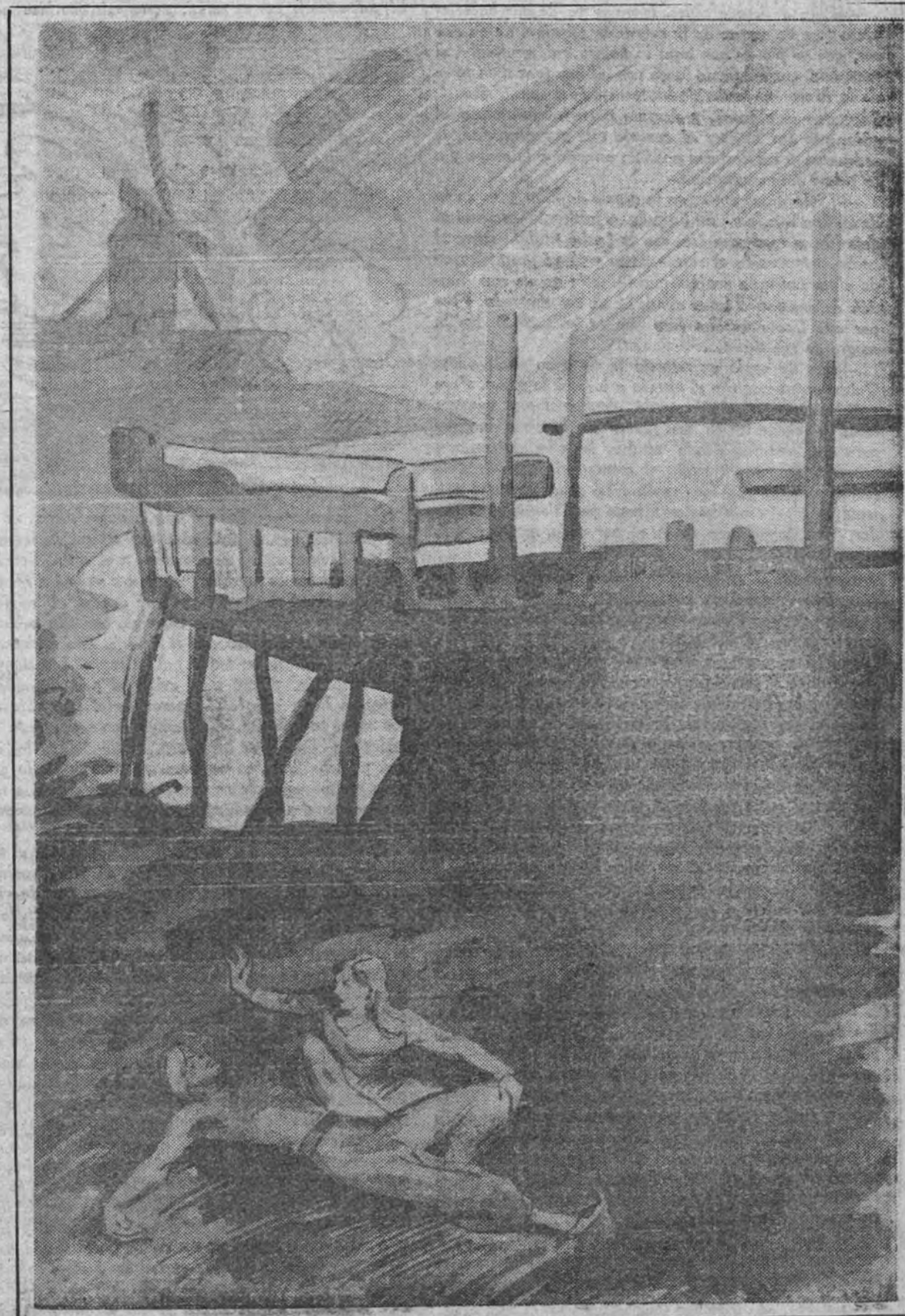
—Juro que digo verdad—repitió como un eco—. "Si tienes mucha vida interior podrás vivir y resistir la soledad. Llévate a tu madre y a tu hija, y con la ayuda de Dios y tu trabajo de mascaroneiro serás casi feliz, al paso que cumples una obra buena para todos avisándonos de la proximidad de la peste condenada." ¿No es verdad?—preguntó con voz desfallecida al señor cura, bañada la faz bonachona por el resplandor de los blandones—. No me dejaré mentir. El mismo me lo dijo: De no ser santo, ¿para qué tan bueno? Me decía a mí mismo: ¡Si me creerán bobo. Porque aquí—dijo, esparciendo la mirada—nadie mueve un remo sin su razón y beneficio... Y yo, solo, como una golondrina en aquel socavado del

terraplén, vela que te vela, en las noches, roído por el son del mar, que se me calaba a través de la tierra hasta la cañada de los huesos, temblando de miedo y de frío, para columbrar el peligro que a mí no llegaría nunca, escondido como estaba en aquella madriguera. Y todo de balde, para recibir el aire guñolo de una mirada socarrona o el golpe en el hombro por bondad y como si no pudiera dejar de atalayar brumas y lunas un momento. "Bien, hombre, bien: ¿Cuántos moros viste la otra noche?" Y la palmada en la espalda, para que no me esté allí con mi santa cachaza si tenía que hacer algo, empujándome a la cueva donde nadie subió a ver venir velas tendidas...

—Ese trabajo, si no te lo pagaban ésos, Dios te lo pagaría—dijo el sacerdote.

—¡Dios, Dios! Dios me lo pagaría en la otra vida; pero en ésta... ¡ya sabéis todos cómo yo vivía!...

—Sí, como un fraile de la Tebaida. Lo dice como si viviera mal ¡el maldito!—lo interrumpió uno que estaba echado junto a él como un perro—. Si lo viérais a horcajadas en el tronco, sacudiendo mazazos sobre la gubia. Parece un demonio poseyendo monstruos. Luego, como trabaja en el casco de ese barco desarbolado que está tendido en la playa, desmorcella caronjo de la carcoma y caracoles de los apesados a las tablas, que echa



chispas con la tremolina que arma. ¿Cuántos de vosotros habéis entrado en las entrañas de aquel barco? Tengo para mí que allí oculta tesoros y que toda la marimorena que arma por las noches se debe a que la gente tome miedo y no curioseé por aquellos lugares. El otro día fui por la galera vieja a buscar leña para la lumbre, y cuando di en la madera pocha salió por la escotilla como un resucitado. Creí que me mataba del susto con esas barbas que tiene, echando un goterón de sudor por cada pelo, con la vehemencia de la indignación y la humedad de las tablas, que se repasan de viejas. Su hija misma, cristiana y en tierra de cristianos, está cautiva. La tiene guardada como un lobo de tres carrileras de dientes, y mientras sube por el cazumbre del terraplén al balcón de la atalaya la hace estar en el remo, remando en seco, aunque no puede mover siquiera una pequeña escanda. No hace mucho, Miguel, en el molino, me dijo: "En ese barco maldito, a eso de las tantas de la noche, desde aquí, se oyen vozarrones de condenados, ruidos de cadenas y restallidos de látigo." Por mi parte, sospecho que este hombre con aire de santurrón, aunque ya entré en cuidado con él desde que el mar lo malparió en aquel naufragio memorable, es un cómitre que no ha perdido los resabios y las malas mañas. Propongo al concejo sea traída a este lugar la hija que tiene, a ver si le han salido callos en las manos, y, de paso, se haga un registro en la cueva y el barco de este buen hombre. Sospecho que en el socavado tiene un gato que se le encalambra y se le hace pompas de a, a por los ojos cuando barrunta galernas, y entonces, él, que lo sabe, da la señal a la morisma para que acuda al refugio de la bahía y acachine a los pescadores desperdigados que se traga el mar. Eso debió suceder esta mañana, pero le salió mal la cosa, calculó mal su peripecia, pues cuando Tomás el pescador los vio ya huía escandalizada la morralla sarracena, sin tocar campanas ni exorcizarla el señor cura, que ve, ahí está para decir si con la cabeza, aunque nada más sea...

—Para decir que calles. Hora es ya de que hable el preso y se descargue de la culpación principal de no avisar, que es por lo que aquí lo habéis traído—decidió el sacerdote, cuchicheando luego con los que formaban parte de la Mesa de autoridades, constituidas en Tribunal. Llamaron al alguacil, y después de recadear razones al oído, más por intrigar al concejo que por necesidad, le ordenaron fuera con una pandilla armada a la cueva y a la galera del mascarónero.

—¡Sólo deseo entrar en la gracia de Dios y no en la de los hombres, para ser juzgado en justicia!—exclamó el detenido, a os cerrados, con la barba tendida sobre el pecho, estremecida al vaivén de su agitación como banco de algas babeado por las olas—. Sólo quiero que decidáis de una vez el lugar donde he de ser ahorcado. Pero por este Cristo bendito juro que os he salvado con la sangre de mis venas...

—Son de copla en romería le da a su declaración. Quiere enternecer con el sermón a los que le oímos. Pero acordaos de antaño, cuando dismantelaron vuestras casas y chamuscaron las partes de vuestras mujeres para que cantaran dónde estaban los silos. Acordaos, acordaos de vuestra huida al monte hasta que llegó la fuerza armada. Los que tenéis hijas y mujer tened presente de la que nos hemos librado por Tomás el pescador, y no hagáis caso de él, ni por viejo, ni por padre, ni por hablador...

Empezaba el diálogo populachero romanceado a engolamiento y rima con la venida de la noche y al calor popular de aquella reunión alumbrada malamente por los blandones del Cristo.

—El que vuelva a interrumpir será expulsado—dijo un puñetazo el presidente, conmoviendo con vivaces estremecimientos al Crucificado en su agonía inacabable y a los cirios, que blandearon en llamaradas relamidas en las lágrimas de cera, retorciendo sombras de mascarón por las paredes encaladas del portal de la iglesia.

—¡Por el Cristo que desde la cruz me está mirando—continuó, entre sollozos, el preso—, juro que la di por vosotros! ¿Me creéis indigno de esa noble acción? ¿Por qué dormíais tranquilos entonces mientras yo atalayaba? Me hurga la muerte el corazón; mi fin está cerca, y digo verdad, porque nunca mentí, y menos en juicio. La di por vosotros, por vuestras mujeres, por vuestras hijas, por vuestros borricos, por vuestros molinos y olivares. Era la luz de mis ojos, de estos ojos que se han de comer los gusanos, de estos mismos ojos que no la volverán a ver más, y que ella no podrá cerrar, como lo hacía cuando llegaba a mí con las manos reblandecidas de chapotear en el agua del mar y me los acariciaba para sorprenderme y llenar mi alma de palpitaciones, como si echara vertiendo en ella los peces resplandecientes que traía para que comiéramos. Cuando me miraba con los suyos, galernas de ternura veía, reflejándose la envidia azul de los cielos y las aguas por la inocencia limpia de su corazón—Hizo una pausa para limpiar los lagrimones sobre el hombro, y prosiguió—: No os extrañe que hable así. No deseo enternecerlos ni torcer vuestro criterio al sentenciarme. Pero cuando me acuerdo que he de volver a verla más y que la palabra ¡padre! sagrada, salgada y luminosa no podrá ya más arrancar el nácar de los caracoles al vibrar en aquel barco abandonado, y en mi corazón... ¡no sé, no sé!

Una noche, entre sueños, llegó hasta mí en el soca-

vado del terraplén el griterío de unos lamentos y voces humanas con el fragor de la tempestad, a cuyo son creí poder dormir tranquilo. Las campanadas y los bocinazos de la cuerna quedaban sumidos por el estruendo de las olas, entreveradas con la lluvia y el viento. Sólo pude ver, al resplandor de las exhalaciones, una barca que subía y bajaba entre montañas y abismos del agua enfurecida. Al día siguiente, con la mar calmada, como todos los días, bajé a mi trabajo de la talla y vi sobre la playa un joven tendido en la arena, y junto a él a mi hija, que siempre se deslizaba, madrugadora, hasta el barco, para dar de comer a mi madre, paralítica en una cámara de la galera, que está al abrigo del recodo, en la bahía. Cuando me acerqué a ellos, el naufrago daba ya señales de vida. Lo eché a mi espalda, y en una tarima que junto a la de mi madre estaba, lo hice descansar. No pudo contestarme cuando le pregunté, y por señas me dio a entender que había perdido el don de la palabra en el naufragio, a fuerza de emociones. Estuvo con nosotros unos días, mientras yo copiaba para los pescadores de Puerto Nuevo la cara de mi hija en el mascarón de una barca. Vi que ambos a dos, con mis descuidos simulados, no se quitaban ojo. Ella, no sé si he dicho que los tenía azules como su madre, con toda la gracia de su abuela, con abolendo peruano, más india que nada. ¿Decís por eso que tengo una bruja en el barco? Mi madre fué hermosa, de las mujeres más hermosas de Indias.

No os lo denuncié porque sé por mí mismo lo que son trámites de justicia al llegar aquí casi de igual modo hace treinta y tantos años. Pero esto no es para contarlo ahora, ni para hablar de mí me habéis traído a este santo lugar.

Entristecié mi tesoro con la huida del naufrago; porque éste huyó, no sin dejarle un anillo como promesa de su vuelta, que luego colegí por aquellas miradas que digo se dirigían con pudor a mis espaldas. Yo me hacía el tonto. Todas las tardes, a la postura del sol, desde el balconcillo de la atalaya se quedaba mirando, mirando... Llegué a temer por su salud, y por más que hice no lle-



gué a contentar aquellos mis ojos, siempre tristes, sin fijezas, perdidos, con la costumbre de hartarse de impaciencia por la inmensidad de los cielos y el agua. Con halagos y promesas de arreglar como fuera su mal si me decía la causa, llegó a contestarme que quería al naufrago. Supe que si se fingió mudo conmigo, con ella hablaba a solas, hasta confesarme que si hubiera sido cristiano católico, con él hubiera huido para siempre. Me enardeció esta confesión, y juré para evitar el peligro molesta a latigazos hasta que le desapareciera el imposible amor por aquel joven infiel. Así, cuando subía al bolcón de la atalaya a contemplar horizontes, tomábala por los cabellos, y hecho furia, en un banco de forzado de la galera vieja, en presencia de mi madre, que me enseñó a rezar, le encendía el pelo a latigazo limpio, sin apaciguarme los ayes y lamentos de mi pobre vieja.

Esta locura me duró no pocos días. La tenía al remo, aunque siquiera lo movía, y al son de mis desatinadas cantarolas, con las manos desolladas, extendidas hacia mí, pedía que la matara de una vez. "Me traerás la desgracia, serás la ruina del lugar. Galeras vendrán por el aviso que el infiel habrá dejado si llegó con bien a su patria. Se harán a la mar con él muchos partidarios y tendremos riza y matanza por tu culpa."

Nuestro Señor alumbró por oscuridades de mi mente y vi la mala vida que daba a aquel pedazo de mi corazón. Con las últimas ráfagas de locura, ¡Dios me perdone!, y tratando de enmendar el mal que le había hecho, fui entonces yo mismo el que todas las tardes, a grito pelado, apellidaba por la morisma tendido a los pies de mi hija, que me perdonó con toda su alma. Subía como un mono borracho hasta la balconada, y con faroles y señas llamaba la atención a todas las naves que pasaban al alcance de mis ojos, siempre nublados por el llanto. Tuvié una temporada de calma en el mar y en los espíritus. Sus miradas ya tenían la profundidad azul y la alegría de otras veces, como si los bañara la luz del sol derretida sobre ellos. Me diréis que cómo fué aquel enamoramiento tan fuerte, y yo no sé que responderos. Ella era una confusión de razas: su madre, inglesa; su

abuela, mestiza peruana; su abuelo, castellano de boca caliente, y yo... ¡mejor es que no hable de boca encrucijada de venas y mezclas de sangre se empicó con amatoria vehemencia hacia aquel joven que, mientras estuvo con nosotros los días que estuvo, la temió y veneró como a un ser superior. Mas ¿por qué digo todo esto si ya no la veré más en lo poco que me resta de vida? ¡Qué importa ya todo si su gesto no alegrará los mares, entallado en los mascarones para que bisbiseen sus besos las olas en las blandas singladuras de las naves!

Y lo que ella esperaba siempre y yo temía, como sabéis, llegó esta madrugada: Tres galeras vi en el cabo Picón, y una barca, al poco rato, arribó a la playa. Bajó un hombre, y como si hubiera sido uno de vosotros, que conociera estos lugares, me llamó por mi nombre y me pidió que bajara. Me tomó de la mano, sin salir yo de mi asombro, y me llevó hasta la galera vieja, donde tengo el taller. Dió tres golpes en el costado de la nave derrengada, y por el boquerón del remo asomó la cara de mi hija, resplandeciente como la de un arcángel de la Gloria. Y en presencia mía y de mi hija dijo el naufrago—pues ya habréis entendido que era él el que de la barca bajó, sumiso y haciendo una zalema—: "Os deseo por siempre paz y bienaventuranza eterna, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo." Dijo todo esto se me entraba por el alma la frescura de la mañana y aquel sol que asomaba a mi espalda, junto al mar y el casco de la nave trascendiendo a mortero de especias con el relente y la ternura de la noche. Cantaban las galeras sus gritos de alborada triunfal revoloteando sobre las olas mansas, encariñadas a los peces, y entre las aspas de los molinos, hinchadas sus velas con el viento benéfico de la brisa. Todo esto lo veo aquí mismo, a ojos cerrados, cerrados, ante vosotros... Yo me eché a llorar sobre un áncora y me sentí santo y bueno como clavado y desclavado en ella con el entontecimiento de mi alegría. En seguida se me reveló a la imaginación todo lo que había sucedido. ¿Habéis oído? "Te deseo por siempre paz y bienaventuranza eterna, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo." Eso es lo que dijo. Muchas noches había acudido al barco Dios sabe cómo—¡tanto puede el amor verdadero!—, y con mi hija hablaba por el bocarón del remo durante el cautiverio que le daba en mi locura. Entre ella, ¡mi niña querida!, y mi pobre madre, lo iniciaron en nuestra sacrosanta religión católica. Ya habéis oído, amigos míos; estas palabras no mienten, y él las dijo: "Os deseo por siempre paz y bienaventuranza eterna, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo." Y esta misma mañana, al filo del medio día, en el chorro que baja de las montañas a perderse en la mar, lo hice cristiano y lo llamé Bartolomé. Yo lo hice cristiano en el nombre de Jesucristo, y desde mi cueva, desceñido el turbante de su cabeza, dió orden a las naves que hiciesen salvas por el regocijo de nuestras almas por aquella nueva que llegaba limpia al seno de la Iglesia. Ese estruendo fué lo que os alarmó, y por lo que me habéis prendido y pedis horca. Pero nunca más serán raídas vuestras cosechas ni descubiertos los silos y pajares en nombre del pirata que dejó de serlo desde hoy. Condenadme a la horca si queréis, cumpliendo la ordenanza. Yo di la sangre de mis venas por vosotros... era mi hija y la llevó para siempre. Fué el precio de la sarracina para los que navegaban con él; así se lo hizo ver a todos, para que desistieran de matarlos.

—Este es un cuento tonto mal contado. La rueda de tortura, que le haga cantar la verdad—pidió el que, tendido a sus pies, no le quitó ojo durante la narración.

—Con el juramento hecho y la confianza mínima que pido y un poquitín de agradecimiento...

Lo interrumpió la caterva armada que llegaba por la plaza al portal de la iglesia, con el alguacil enlozanado por la caminata y desempleado de alas y espolones para articular la admiración de los palanes del concejo en el ejercicio de su cometido. Unos cuantos mozancones depositaron la imagen que traían sobre los hombros en las losas, delante del Tribunal, y con dejo de desfallecimiento, más que por cansancio, para que reconocieran su labor, se adelantó uno, sudoroso, y dijo al pleno del concejo:

—Hemos estado en la cueva y en el interior del barco. De allí traemos esta talla, a cuyo lado yacía muerta una vieja, con el rosario entre las manos...

—Es mi madre. El Señor la tenga ya en su amoroso seno—. Se santiguó el preso, cayendo luego a los pies de la efígie de su hija, tallada por él mismo, y la bañó con lágrimas de su llanto, que se alzaba en clamores y congojas. Cesó en ellos para darse a una berraquina entreverada de ternezas, y abrazándose al madero, poco a poco entró en agonía al son dulce del mar, llantos y oraciones del pueblo, que veía en el tronco entallado por el mascarónero la figura de la Virgen María.

Y lo poseyó la Muerte sobre las sepulturas y enterramientos del portalón de la iglesia, entre asparientos de sombras proyectadas sobre las paredes y silenciosas oraciones, en aquella otra hora muerta por el sobrecogimiento y el temor de los hombres llenos de miedos de ultratumba y supersticiones con el súbito fallecimiento del mascarónero a los pies de la talla de su hijo, que representaba para el pueblo a la Reina de los Cielos, por milagro de Dios.

JUAN O CARLOS Y CARLOS O JUAN

Por TOMAS BORRAS

NACIAN, en aquella clínica especial de parturientas, unos diez niños cada noche. ¿Por qué, siempre, entre doce y cinco de la madrugada? Las señoras, reventadas de espalda en los butacones por el peso enorme de su vientre, bisbiseaban el misterio: —¿Sabe? Sucede por influencia de la luna... Después de cenar, las que estaban "fuera de cuenta", se despedían con miradas de susto y media sonrisa, y hacia su cuarto, presurosas, por el largo corredor, bamboleándose como si el piso ondulara en movimiento de olas, a buscar aprisa la cama aséptica la mesilla con el instrumental al lado, el derredor de las espantadas todo hule, níquel, vidrio y frío de cirugía. Ya dentro de las hondas horas, empezaban los gritos ahogados, los pasos de zapatillas de goma, alguna frase suelta, voz de hombre: —"Y dígame, doctor..." —Y desconsolados, primeros llantos de niños. Al día siguiente se hacía la cuenta de la cosecha, al júbilo del buen sol: —Quince; ocho niñas y siete niños. —Y estaban todos en el nido, la estufa artificial, habitación a la temperatura conveniente, con tres filas de cunitas en forma de media cáscara de nuez sobre altas patas de tubo y ruedecillas neumáticas; aceros cromados y, el minúsculo cuévano, algodonoso colchón. Informes y amoratados, en el sueño, todavía, del misterio de donde brotaban, cada niño, parecido a una morcilla, obstinaba sus párpados y sus puñitos para no ver, para amenazar a la vida. Las dos enfermeras, jadeantes del trajín y el cálido sopor de la clínica, entraban y salían llevando niños para el nido, y del nido a los cuartitos numerados, porque las madres, pacificadas y alegres después del tremendo desgarrón, alargaban los brazos pidiendo: —¡Mi niño! ¡Traíganme mi niño!

Aquella madrugada—bien lo recuerdan: la del 17 de octubre—a un tiempo hubo que atender a tres alumbramientos, una cesárea y otro parto con forceps; todo en veinte minutos. Médico, ayudantes, enfermeras, corrían adonde llamaban con angustia las lucecitas rojas que sustituían a los timbres, y los lechos-camilla portaban al quirófano mujeres de rostro hecho hueso con ráfagas de sombra violeta; y después, los brazos en arco de ternura, depositaban a las criaturasmorcillas en sus cunas del nido las dos enfermeras agotadas, sudando, somnolientas. Fué el 17 de octubre, a las cuatro y treinta y seis de la mañana, cuando entraron a un tiempo en la estufa de niños.

—El catorce que la lleve el chico.
—Yo vengo a buscar al veintidós.
A cada recién nacido le ponían, en el instante de aparecer en esta existencia, una pulserita con el número del cuarto. Las dos enfermeras miraron los pulsos de las criaturas.

—¡Se me olvidó poner el número al catorce!

—¡Y a mí al veintidós!

—Con las prisas de tantas que daban a luz a un tiempo...

Las revolviéron, buscándoles alguna señal.

—¿Te acuerdas de la cuna en que le pusiste?

—En una de éstas... La primera que vi vacía.

—Yo tampoco sé... Como estas cunas las mueven tanto de un lado para otro...

El doctor entró en el nido, avisado. Las regañaba: —¡Por Dios, qué descuidados! ¿Cómo vamos a identificarlos? Si hubiesen sido niño y niña...



—Les llevamos cualquiera de los dos.
—¡No, eso no!—El doctor se irritaba. —Sería criminal.

Después subió con los padres que, como todos, esperaban en el gran salón de abajo la buena nueva. El señor Pardal vestía de luto, con gran barba de luto; el señor Florete era rubio-zanahoria, y el labio del bigotillo de ceja se dejaba clavar los dientes inferiores, como sorbido. Ambos miraron a los dos niños en su sueño, casi tumefactos, encogidos, con los rostros buscándose las rodillas.

—¿No puede ninguno de ustedes indicar cuál es el suyo?

—Pero doctor, si no los hemos visto hasta ahora...

—Quizá las madres...

—No. A las madres hay que dejarlas tranquilas. Una mala emoción sería peligrosa.

El señor Pardal y el señor Florete se miraban ceñudos; el señor Florete ensañando los incisivos en el bigotín de ceja.

—Pero es que usted...

—Me parece que bien podría usted...

No sabían cómo echarse razonadamente la culpa: hubieran querido agradecerle...

Pensaban: —¿Y si cargo yo con el hijo de este mamarracho? ¿Por qué no reconoce este mamarracho al que es suyo?

Las dos madres y los dos padres cuidaban, juntos, a los dos niños.

—Cuando nacen, las criaturitas son gotas de agua. Al crecer empiezan a parecerse a los padres. No hay más que esperar.—Eso había dicho la señora de Pardal, gruesa de linfatismo y sin voluntad propia.

Atisbaban el menor indicio de parecido. —¿A ver? —Ese frunce de la frente... Esa risilla... —Yo creo que a éste, cuando se le dice "¡Ajito!" mira, así torcidillo... —Esperemos, amigos, esperemos—aconsejaba la bonachona señora de Pardal.

El señor Pardal, de profesión usurero, la insinuaba al oído: —Procura que no nos cueste dinero el crío de los otros. ¡Sería el colmo!—La señora de Pardal, sin voluntad propia, le decía a la de Florete, sencilla y también gruesa, pero con obesidad de pueblo, de las desbordantes por los lados: —¿No tendría usted una sábana de hilo? Para hacer pañales, ¿sabe usted? —Pague usted al lechero que

yo no tengo suelto, haga el favor. —Hay que comprar cuatro gorritos; como yo no salgo y usted sí... Después de todo, es para su hijo de usted...

El señor Florete era dilapidador, tan enemigo del dinero que estrujaba los billetes en el bolsillo del pantalón y los tiraba al pagar, en vez de darlos.

—Compra, paga lo que necesitas, ¿qué más da? Que no carezca de nada nuestro hijo... el que sea.

El señor Pardal, dentro del luto de su barba sonreía satisfecho. Porque ya vivían juntos los matrimonios en el piso del manirroto de Florete, piso al que le sobraban habitaciones, según descubrió la señora de Pardal, que no tenía voluntad propia. —Como usted lo hace todo a lo grande...—La señora de Florete quiso protestar, pero su marido sacó los dientes de aquella manera que tenía, a lo medio-perro: —¿Cómo vamos a seguir así, con los dos niños en una casa un día, y en la otra casa al día siguiente? Es mejor que esperemos juntos. Piensa que uno es nuestro hijo. —¡Hijo de mi corazón!—Pensó, en efecto, conmovida la señora de Florete. Y los señores de Pardal, quitados...

ron su piso y se instalaron en el que le estaba grande al señor Florete: —En fin, que somos una cosa nueva: somos compadres—dijo el señor Florete la primera vez que comieron ya reunidos en un mismo hogar: —¡Brindo por nuestros hijos a medias!—Las señoras protestaron. —Entiéndanme ustedes...

Alrededor de las cunas se pasaban las horas con fijeza de observación de astrónomos: —Esa nariz... ¿No la tenía así la tía Eufrosia? —Me parece que se le va moviendo el labio hacia abajo; cuando tenga dientes...—Pero los niños se mimetizaban de estar juntos. Hacían los mismos movimientos y gestos, idénticas gracias.

Ya tenían el año. Uno se abalanzó sobre el señor Pardal y balbuceó: —¡Pa-pá!—Al señor Pardal le dió vuelta el corazón. Pero el otro niño se abalanzó también al señor Pardal gritando: —¡Pa-pá!—Y los dos niños, al ver al señor Florete, que acudía, chillaron más fuerte aún: —¡Pa-pá!—alargándole los bracitos. Informadas las esposas del acontecimiento, la de Pardal sentenció suavemente: —Ya pronto, ya pronto...—El señor Pardal, tacañosísimo, gruñía: —¡Con lo que estábamos ahorrando!...

En los cochecitos, empujados por una y otra madre, alternándose, los niños lucían mucho. —¿Son mellizos estos monines?—les preguntaban las otras mamás en el corro del jardín. —¡Ah, es verdad, son ustedes dos! ¡Si fuesen sus maridos!... Bueno, quise decir... —Es que tan parecidos, dan la impresión de gemelos. —Las señoras de Pardal y de Florete se iban dejando ganar por el sentimentalismo. —La verdad es que—pensaban sin confesárselo a la otra—cuando sepa cuál es el mío voy a sentir no poder ser también madre del otro. —Y la señora de Pardal, que no tenía voluntad propia, insinuaba a su compañera: —Debe usted comprar una mantita y un trajecito de lana a su niño. Claro que tendrá usted que comprar dos, porque como todavía no se sabe...

Intervino el juez, porque no podían inscribir a cada niño con un solo nombre. —Repetiré el juicio de Salomón, para averiguarlo. No falla el subconsciente.

El juez freudiano puso en libertad a un criminal y le dió instrucciones. El criminal esperó en el paseo a las madres que empujaban, cambiándose cada media hora, los cochecillos y, violentamente, se apoderó de un infante.

—¡Voy a clavárselo!—exclamó puñal en mano.

Las dos mujeres se agarraron al otro niño: —¡A este no!—dijeron a un tiempo. El juicio de Salomón había fallado.

Propuso entonces el juez la prueba de la sangre. La ciencia había descubierto que se puede garantizar la paternidad, porque la sangre, aunque sea de diferentes sujetos, da la misma reacción si tiene el mismo origen. Aceptóse la infalible prueba. Los médicos, después de las manipulaciones, llamaron reservadamente a los padres:

—Ninguno de los niños da la reacción de la sangre de ustedes.

El señor Pardal y el señor Florete cayeron de rodillas:

—¡Por Dios!...

—¡No se lo digan a nuestras mujeres! Se enterarían de que las hemos engañado...

Ya los niños eran mayorcitos. Las pesquisas continuaban, con más fiebre aún. Vestíanlos con trajes iguales para apreciar en qué eran distintos, y los vestían con trajes diferentes para ver en qué aparecían semejantes. Como no presentaban rasgo alguno de los cuatro antecesores, el problema se intrincaba, era de imposible solución. Ni el rubio azanahoriado de un padre, ni la pilosidad del otro, ni el utilitarismo escurridizo de una madre, ni la gordura tropical de la otra, brotaban como indicio concreto en los vástagos. El carácter se escabullía, asimismo, de la red de la investigación. Sus aficiones eran las mismas, sencillamente porque copiaban

las inclinaciones, juegos y travesuras de los muchachos mayores que ellos. Lo mismo pegaba al gato uno, que el otro se montaba en el tope del tranvía, y lo mismo fumaban a escondidas que echaban tinta en los trajes que no se querían poner. Las madres, como los niños "no sabían" a papá, murmuraban una de otra, pero quedamente, para guardarse secreto profesional. Tías carnales y segundas, cuñadas, primos y amigos viejos sustentaban vagas opiniones que no esclarecían el caso: —Yo creo que éste es el tuyo, porque tu abuelo también tenía sueño después de almorzar... —La que se casó con tu hermanastro, acuérdate que lucía el mismo lunar en el hombro...—Los regañaban, los mimaban en ocasiones para que sus réplicas y su modo de recibir injustas palizas o inesperados halagos descubriesen "el genial", como decía la señora de Florete. Los dos chicuelos, puestos de acuerdo tácitamente, ni se inmutaban mucho con los sofiones y castigos, ni daban las gracias por los regalos, que se repartían. Un pariente, más agudo que los demás, hizo a los padres y madres bis la mejor proposición: —¿Por qué no lo echáis a cara y cruz? —Y otro deudo, todavía más sutil, lanzó este punto final: —Señores, puesto que son los hijos los que tienen que aguantar a los padres, es lógico que elijan ellos. —Las dos proposiciones fueron rechazadas.

Pusieron a los pequeñuelos los nombres que cada matrimonio tenía empaquetado para "lo que viniese", si era varón. De modo que se oía decir: —Oye, Carlos o Juan. —Ven aquí, Juan o Carlos. —Ya de mocitos, ellos se sugestionaron tan extrañamente que cada uno se creía que eran dos. Miraban atrás y veían también dos padres y dos madres. A su vez, cada pareja de progenitores contemplaba a su hijo por duplicado. Vivían como entre espejos paralelos que multiplicasen las imágenes. —¿Soy yo o eres tú? —le decía Juan o Carlos a Carlos o Juan, cuando entraba. —Creo que eres tú, Juan o Carlos, porque he oído que hablabas con el padre de Carlos o con el de Juan. —Así debe de ser—le respondía Juan o Carlos—porque la madre de Carlos o de Juan te ha abierto la puerta. —A veces se escondían los seis, cada uno en un cuarto, y rompían a sudar.

Los maestros anunciaron un día a los cuatripadres algo sensacional: uno de los chicos salía listo y el otro tonto. Los señores de Florete y los de Pardal se atribuyeron la paternidad del listo: —¡Ya lo decía yo! —¡No podía ser menos!—se ufanaban. Pero, ¿cuál era el listo? ¿Juan o Carlos? ¿Carlos o Juan? Después de muchas experiencias—la tabla de multiplicar de memoria, las fábulas de Samaniego de memoria, los ríos de España de memoria—sacaron en limpio que el inteligente era uno de ellos. La diferencia de meollo produjo nuevas complicaciones. Las madres regañaban por si el

talentado tenía que ir vestido así o así, y por si debía disfrutar estas o las otras comodidades. En esto, el sobresalto de ser madres posibles del otro las sacudía, y facilitaban al zote las mismas prendas e iguales satisfacciones, "por si acaso". Pardal y Florete discutían, agrios como vinagres, sobre la carrera que despuntaba... y corrían, misteriosos, a hacer un seguro de vida a favor del menos dotado de sustancia gris, con ese arrepentimiento de los padres, si les salen negados sus productos. —De este modo, tengo la conciencia tranquila—resoplaban Pardal y Florete.

La señora de Pardal, sin voluntad propia, empujó el filo de sus insinuaciones contra el obstinado obstáculo: —Les diremos que se ha muerto un padre, y luego el otro; a ver quién se desespera por quién. Y cada matrimonio nos quedaremos con el que demuestre dolor, que signifi ca r á cariño, por el padre que "le tire más". —El señor Pardal, tan lóbrego de barba como sordido de temperamento, había pensado: —El inteligente ganará dinero; el otro será una carga. Si se descubre al fin que el mío es el torpe, quedándose ahora con el que vale compensaré las pérdidas que me produzca su semihermano. Y si el listo, como estoy seguro, es el mío, los Floretes tendrán que apachugar ya con el bruto. Por eso la señora Pardal, sin voluntad propia, se dejó caer con la propuesta.

Así fué. La mismísima señora de Pardal entró llorando a chorros en el cuarto donde jugaban al tute los grandullones. —¡Ay, hijos míos! Vuestro padre, Pardal, se ha muerto de repente! —Arrastro—contestó Carlos o Juan. —Era un tío idiota, con esa barba...—respondió Juan o Carlos. —Parecía un ataúd de treinta pesetas—añadió Carlos o Juan. —Veinte en copas. —En esto entró la señora de Florete, sacudida de gemidos y mesándose el cabello: —¡Hijos míos, la noticia era falsa! ¡El que se ha muerto de repente es mi pobrecito marido!—Juan o Carlos, sin levantar la vista de los naipes, sentenció: —Así no se morderá más el bigote. —Me ponía nervioso, el cretino—fué el epitafio de Carlos o Juan. Las dos madres, que opinaban de sus esposos aproximadamente lo mismo, se quedaron tranquilas, pero los hombres (escuchaban detrás de la puerta) se enfurecieron. —¡Desde hoy no pago una peseta por mantener a esos cochinos—gritó Pardal. —Ni yo tampoco. Son un par de sinvergüenzas—berreó Florete—. Pero Florete y Pardal se inmovilizaron. —¿Qué he oído? ¿Que mi hijo es un sinvergüenza? —¿Usted se atreve a decir que es un guarro mi hijo?—Las señoras, con grandes esfuerzos separaron a los padres ofendidos, que se amenazaban.

El señor Florete estaba en su despacho, al poco tiempo; entró como un nu-

barrón negro el señor Pardal. —Oiga usted, acabo de enterarme de que ha perdido usted una fortuna en la Bolsa. Desde hoy no arriesga ni medio céntimo. Le prohibo a usted, ¿se entera?, le prohibo arruinar a nuestros hijos...

Así se vivía en el desgraciado hogar de aquella familia decente, multiplicada por dos.

Al cumplir los vástagos veinte años, otro sumando se agregó a la multiplicación de aquella familia decente: Estefanía. Sus padres, hermanos de los señores de Pardal, se fueron al otro mundo detrás de otro, y la huérfana fué recogida por sus tíos. —Huérfana de dinero—comentaba, pesaroso de su buena acción, el prestamista. Estefanía tenía veintidós años cimbreados, graciosos y resueltos. Los señores de Pardal, al comprobar que no heredaba ni deudas, la establecieron en la casa "en plan de cenicienta", como ella decía: malos modos, caras foscas, ruda labor, desprecios y vejaciones. Estefanía sufría y lloraba; pensó dejar a sus tíos, le eran tan insupportables los pelizcos de la señora de Pardal cuando intentaba colaborar en una conversación, como los ásperos vozarrones que salían de las barbas en regaño del avariento, como el reproche "del pan que se comía", y del "qué hubiera sido de ella sin su generosidad". Toda la gama de la miseria moral. Afligidísima, desesperada, buscó trabajo para salir de aquel infierno. Esto fué en las primeras semanas. De pronto se la vió contenta, acicalada; se la oyó reír y cantar; se la olió a "Praderas desfallecidas" y a "Pideme un beso". Estaba enamorada. ¿De quién? ¿De Juan o Carlos? ¿De Carlos o Juan? ¡A ella con rompecabezas! Su novio era aquel, concreto, físico, tangible, inconfundible, que la volvía tarumba con su parloteo y con figura. El nombre, la filiación, ¿qué importaban? ¡Si ella le llamaba Chachi! Aquel Chachi de carne, hueso y gabardina era el que la hizo tilín, y con el que se iba a casar. Lo de los padres, y las confusiones, y los inextricables laberintos... ¡Bah!

Los señores de Pardal-Florete quisieron estorbar el noviazgo y la boda, porque el famoso Chachi era el listo, pero más lista era Estefanía, y con su arranque lo resolvió todo: —¿Con qué derecho nos prohíben ustedes que nos case-mos? ¡Que son ustedes los padres de Chachi! Demuéstrenlo, y en paz. —Los señores de Florete-Pardal bajaron la cabeza.

¡Dos suegros y dos suegras! A Estefanía, ni eso le daba miedo. Lo único que no podía soportar era la permanente animosidad, malevolencia, malquerencia y animadversión de sus tíos, que la envenenaban las horas y los minutos. A duras penas, contentándose con gran esfuerzo, pudo aguantar a su lado hasta que se celebró la boda. Vestida de blanco, a la puerta de la iglesia, cuando iba a subir al coche para empezar su vida de casada en su pisito, suyo, muy suyo, se desbordó: —¡Hijo mío! —besuqueaban los señores de Pardal a Carlos o Juan o Juan o Carlos. —¡No!—lanzóse contra ellos Estefanía, indignada. —Ustedes y mis padres se odiaron siempre; el odio viene de los abuelos de usted, señora, con mis abuelos. A mí me han demostrado la misma inquina y yo también les aborrezco, porque ninguno podemos remediarlo. En cuanto aparece uno de nuestra familia frente a alguien de la de ustedes, ya esa primera vez de conocernos nos mordemos como fieras. Chachi no es hijo suyo. Si lo fuera le odiaría como odio a ese—y señaló a Carlos o Juan o Juan o Carlos. —El que yo me haya enamorado de Chachi demuestra que sus padres son los de Florete y no ustedes. Ni el amor ni el odio se equivocan; y el odio, menos que el amor. —Cogió majestuosamente a Chachi bajo su protección y subió al coche, cierta desenredadora del acertijo.



REDACCION
ADMINISTRACION
Y TALLERES DE
"ARRIBA"

Larra, 8 - Teléfono 32610

Angelita o las semillas del Paraíso

Por LEDESMA MIRANDA

UNA noche Angelita se introdujo furtivamente en el teatro y admiró un drama entre bastidores. Aparecía la primera actriz con una basquiña de raso, dardeando visos, aguas y destellos. Caíale un brazo suave, holguero, a lo largo del cuerpo, finándole entre los dedos el tallo de una rosa blanca; el otro lo arqueaba en jarra con airoso juego de moza del cántaro. Y en el óvalo del rostro, quebrado de finos verdores, brillaban esos

ojos grandes llenos de iris que se ven en los retratos de Goya.

Angelita, que había dejado la caja de entregar en el camerino de la actriz, se dijo contentando los latidos de su corazón:

—Yo también he venido al mundo a encantar y a sorprender.

Otro día llegó acompañando a su oficiala a una rica mansión. Tenía artesonados y «parquets», paredes de seda y estuco y hermosas lámparas de plata. El «hall», las salas, los armarios y vitrinas estaban repletos de chinerías. Las espaciosas salas dormían en sombras. Apenas si el tórrido sol de verano—no sé por qué más tórrido entonces que ahora—acertaba a filtrarse entre los pliegues de las persianas verdes, en tanto que la brisa más sutil removía los paños de las alfombras, los enchufaba con una inspiración casi humana. En el «hall» había pasteles de «curvos» sables japoneses y tagalos, y dagas y «cozucas» con orfeoplas de corzos, de ánades y de lirios; y había paneles de laca con esquifes tripulados por guerreros y princesas que huían de árboles de té y se desliziaban persiguiendo albatros y cigüeñas. Tras el cristal de las vitrinas resplandecían mayólicas, jades y porcelanas, diminutos ajedreces, tabaqueras, torres de caladas bandejas y primorosos mandarines con casacas de mariposas y jácintos. Las arcas y los armarios rebosaban de pañolería chinesca, que al ser desplegada por hábiles y amorosas manos trascendía a sándalo y a mirra.

Angelita, suspensa de tanta maravilla, dijo a su compañera:

—Yo he venido al mundo a tener palacios como éste.

Otra noche sentóse en un banco a contemplar la luna de junio. Y en las plazuelas donde vagan prendidos del talle los enamorados de turno se hacía denso y cerrado el verdor de los árboles opulentos. Y una de estas parejas pasó muy cerca de ella, y pudo ver, a la pálida y suave luz del astro de los amantes, la faz de un joven infinitamente hermoso. Y Angelita puso una mano en su corazón, que palpitaba, y pensó:

—Yo he venido al mundo a enamorar jóvenes aún más bellos.

De mañana había que asistir a un taller de costura, hacerse cargo de la «caja de entregar» e ir llamando de puerta en puerta. Los chicos dábanle al paso un golpe en la gran caja de madera y ella los escupía... Sentía un gran desprecio por los chicos y miraba a la maestra del taller desde la altura.

—La que no esté conforme, ya sabe por dónde se sale a la calle.

—¿Por un balcón?

Aprendiase de memoria los libretos de los teatros y los recitaba, gesticulando, en el obrador.

—Hoy me hierve la cabeza.

Aquí moría la maestra ahogada por las ballenas del corsé. (Risas y aplausos.)

Pero cuando recitaba «en serio» se excitaba y conmovía en tal modo que acababa llorando a lágrima viva.

—Está rematadamente loca.

Dábase una palmada en la frente.

—Aquí dentro hay muchos gatos; un día saldrán todos, y ¿quién no se convencerá?

Acabada la tarea tornaba a su casa, en el lejano extrarradio, hacia esas rondas apartadas y desiertas, mezcla de calle y de camino, donde se asoman los cementerios. Unos mezquinos tenderetes y unos pueriles columpios alzaban su tinglado al pie de las hileras de casas desconchadas y grises. Se encendían en el cielo los primeros astros. Ebria, Angelita saltaba a los columpios y revolvió cielo y tierra en los vertiginosos vaivenes. Era el artillugio como el eje de una ruleta sideral que hacía rodar astros, casas, árboles y ensueños. Y todo se confundía y trastornaba en su cabeza: los palacios, los teatros, los obradores y los amantes... Hasta que, bien molido y triturado todo, se hacía claro y volátil como la risa.

Pasaron los años. Y pasaron sin fortuna. Tuvo un novio misterioso que repasaba a todas horas, como sonámbulo, estas atroces palabras: «Denuncia, indagatoria, embargo, fianza», mientras el corazón le decía: «Angelita.»

—¿Qué dices? ¿Qué repites? ¿Para qué sirve lo que estudias? ¿Serás rico? ¿Serás un personaje?

—Yo no sé nada. Esto se llama Derecho Procesal. Algo absurdo que apenas cabe en cabeza humana.

Llegábale la moza con la primavera, con las aulas abiertas traspasadas de luz y de modorra, llenas de luz y aliento de campos que desfilen la sustancia de una lección en el aroma primaveral de una tarde y ofuscan y deslumbran cualquier pobre pensamiento. Y huyó con el verano. Había dejado en ella melancolía, despecho y bastante asco.

Fue un verano ardentísimo. Buscaba arrimo de frondas, sínodo de dulces

enramadas, y halló a trasmano la plaza de los hospitales. ¡Cómo sostenían estos árboles, árboles reflectores de la más pura luz verde, el cielo de julio! Era, sí, una luz verde, honda, cariciosa, que se entraba en el alma y se esparcía dentro de ella por meandros y anchuras, comunicando a todas las ensoñaciones—en vagas teorías desbandadas—una luminosidad grave. El estoque del sol infería agudos destellos a la fronda de los árboles hospitalarios. Algo había en esta plaza—la vecindad del yodoformo, del quebrado color verdoso de la angustia—que poblaba de ondas verdes, amarillas, sedantes de convalecencia, el reducto arbolado y umbroso.

En esta tarde de domingo salía por la puerta del hospital, zurcido el pantalón de pana, holguera la chaqueta de pelliza, vidriados los ojos, profundos y negros, y cortadas sus luces al filo de una visera de cartón, un hombre con vara de camino y aspecto rural de peatón y de romero. Titubeaba en su vara flaqueándole el paso y abriendo a la suavidad viva de los árboles sus ojos alucinados. Se había aproximado a un caballero que le había vuelto la espalda. Una señora evitaba, desviándose, su vecindad suplicante. El hombre se detenía en medio de la plaza para tomar alientos. Se advertía en él la presencia de una naturaleza vigorosa, hendida, truncada... Aquel gesto de sacar el pañuelo y llevarlo a la frente incorporó a Angelita de su asiento y la llevó a su proximidad extraña.

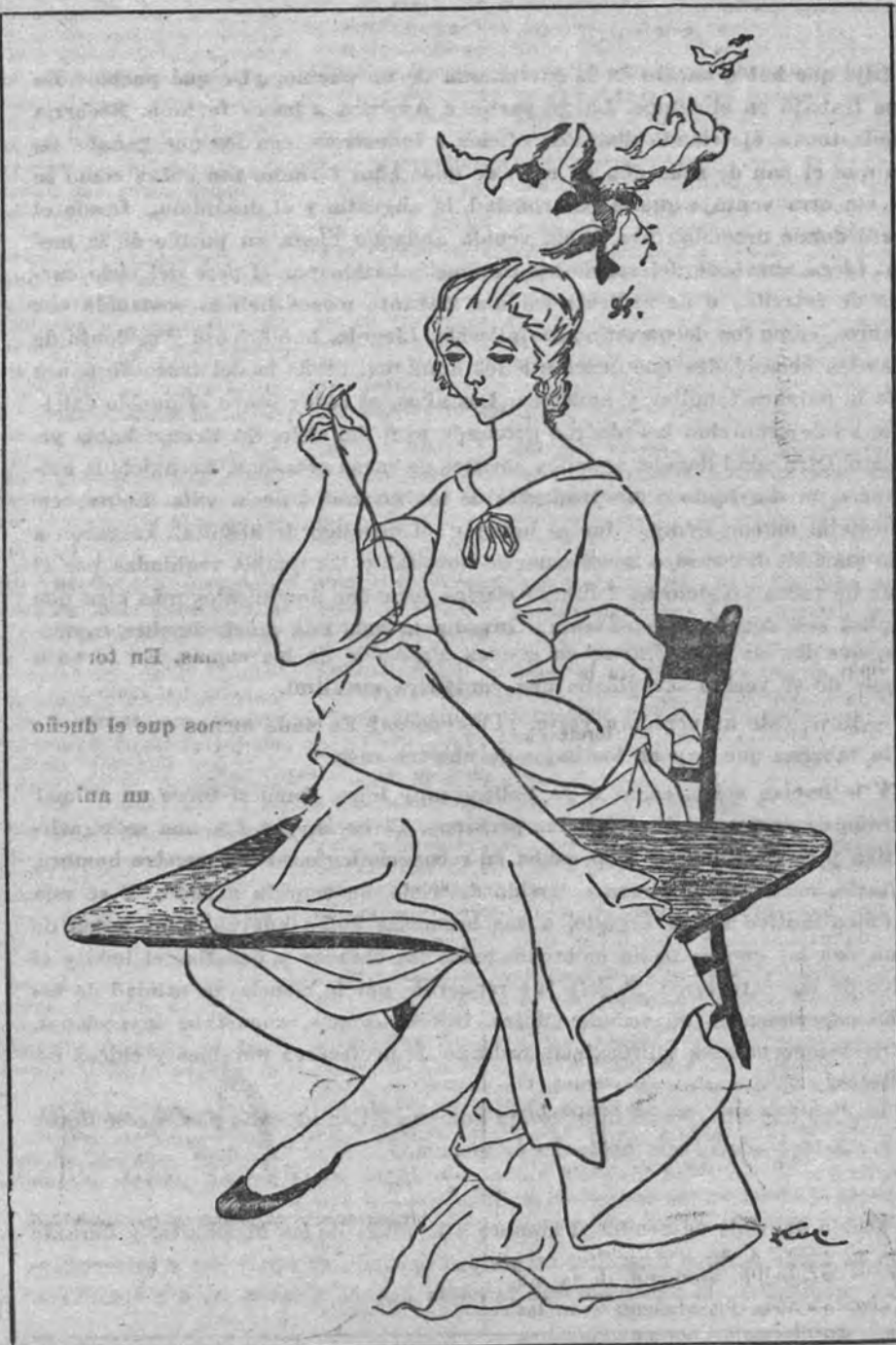
—¿Qué desea usted, buen hombre?

Y le ofreció su dinero. Su dinero; apenas nada... Se vieron todos los días, a la misma hora, en la misma plaza.

Por ofender la memoria de aquel señorito egoísta y vulgar que la había golpeado con sus besos y tentarujas se hubiese entregado, fríamente, a aquel hombre curtido. Hasta que venían las sombras a depositarse, como pavesas de la abrasada tarde, en las cimas de los árboles, en los hombros de los transeúntes, en los saledizos de los balcones, en todos los vértices y coyunturas de la ciudad, no se alzaban de su banco. De allí marchaban a los arrabales, caminando por las rondas, por las inmensas rondas desoladas que se arropan en el llano nocturno. Se oían los gritos de las locomotoras, la nota infinita y aislada de un cornetín de cuartel. Ambos iban sordos, embebidos.

—Yo y mi raptor—decíase Angelita burlesca.

El hombre hablaba poco, como aquel a quien las palabras no remedian y en cambio disgustan y fatigan.





—¿Tú, quién eres?—preguntábale—. ¿Por qué voy yo contigo? Eres mucho más viejo que mi abuelo, que esté en gloria. Pareces escapado de una trapería.

Dijo que había nacido en la sacristanía de un pueblo. ¿De qué pueblo? De mozo trabajó en el campo. Luego partió a América a hacer fortuna. Recorría aquella tierra ejerciendo distintos oficios e industrias, con los que ganaba no más que el pan de cada día. Al cabo de unos años tornaba tan pobre como se fué, sin otra ventaja que la enfermedad, la angustia y el desánimo... Desde el puerto donde desembarcara había venido andando hasta su pueblo de la meta. Llegó abrasado del sol de los caminos, abatido por el peso del cielo cargado de estrellas o de ardiente sol que durante meses habían sostenido sus hombros, como los de un Atlas desfallecido. Llegaba hambriento y sediento de todas las necesidades que acucian a los hombres: desde la del trozo de pan a la de la palabra familiar y amistosa. Los años, al rodar sobre el pueblo calcinado, no dejaron sino las piedras goteando azul del cielo. Su tiempo había ya muerto. Otra edad llenaba aquellos ámbitos de caras extrañas. Recogióle la ambulancia un día junto a un tenderete de los mercados de la villa. Estuvo en el hospital mucho tiempo; fué el hampón, el mendigo de hospital. Llegaron a serle plácidas las tardes monótonas de hospital y las quejas reguladas por el ritmo de todos los dolores. Durante ciertas jornadas dominicales más bien que hospital era aquello una romería... Invadía la sala una muchedumbre campesina, que iba distribuyéndose en grupos alrededor de las camas. En torno a la sala de su vecino se apiñaba una verdadera multitud.

—Mira; éste ha venido a verte. ¿Lo conoces? Es nada menos que el dueño de la taberna que hay en los bajos de nuestra casa.

Y le hacían señas como si se hallase muy lejos, como si fuese un animal extraño de esos que conocen a las personas. El hacía, por fin, una señal afirmativa y condescendía y dispensaba su reconocimiento... Pero nuestro hombre, solitario, nacido de la tierra o llovido del cielo, no conocía a nadie. Y se asió al único motivo de su orgullo, a sus hermosas botas nuevas, unas botas de agua con las que se podía meter en todos los charcos y desafiar el lodo y el polvo de las carreteras. Pronto fué requerido por la ciencia en calidad de estadio experimental, de vedado clínico. Ingería drogas, soportaba inyecciones, sufría intervenciones quirúrgicas, rodeado de profesores notables y chicos estudiosos.

—¿Qué importa que en la máquina humana falten algunas piezas o se lleven de recambio!—decía una avispa eminencia.

Cierto día dejó de acudir el hombre a la plaza de los hospitales, y durante toda la tarde anduvo Angelita, inquieta, atisbando su aparición, e interrogándose, preocupada, si aquel hombre le había llegado a interesar o a conmover.

Porque aun devanaba sueños de gloria y de conquista y hasta entonces no había tocado—era muy pronto—los límites de su corazón.

—¡Bah...! Una se acostumbra a un gato o a comerse una aceituna.

Pero sin duda reaccionaba del despego de su señorita, oponiéndole aquel gran estafermo de los caminos.

Al siguiente día, Angelita lo esperaba inquieta, cuando apareció sosteniéndose en su cayada de peatón y de romero... ¡Oh, las dulzuras de la aparición! ¡Si venía rodeado de una suave luminosidad! ¡Milagro! ¿O eran los verdes reflectores de los árboles que la brumaban con su luz? Habíase gestionado un trabajo de peón, de acarreador o volquetero. El día antes anduvo trabajando. Mostró unas monedas. Se irían aquella tarde a un merendero. La suma alcanzaba para beber sentados apaciblemente en una de esas tabernas de arrabal que tienen un corralito con un arbolillo polvoriento. O no... Irían a un baile, a oír música y a ver gentes que se divierten. Y luego de caminar grandes trechos dieron con un merendero de aspecto endurecido y costra vinática, del que partían voces de melopea y de garla monótona y ecos endomingados de organillo. Dentro varios obreros se despachaban unas fuentes de gallineja rociadas con un frasco de mosto... Entraron en un cuchitril reservado, parecido a esos coches de tercera que a diez kilómetros por hora salen trotando de la estación local dispuestos a tragarse diez leguas. El hombre pidió de beber. En trance como éste su señorito la hubiese magullado y envuelto en un vaho pegajoso y canino. Era el muchacho de la ciudad, de vida regalada y muelle, dado a la codicia y avidez de los sentidos, husmeador de deleites, chusmo y catacaldos. El hombre recio, indiferente, pastueño, severo como un monte de noche, enarbolaba el vaso sanguinoso con su zarpa de ganapán, alejado del amor como de un paraíso, no ya perdido, sino apenas vislumbreado. Poco a poco, sumido en los vapores del vino, fué bajando la testa, soñolenta, pétrea, y asestándola contra el filo de la mesa sobre los artejos de los brazos. Angelita aprovechó este instante y huyó de él para siempre. Con las primeras lluvias de otoño se extinguió para la moza aquella sombra encendida de amarilleces estivas... Desapareció, arrebatado, en el remolino del mundo, bajo el bultre ávido de los días, hambriento de carroña humana, de sangre y de vísceras.

Decididamente iría a hablarle a la señora González, la primera actriz. (El tiempo transcurría.) A esta hora, la calle, caldeada de acacias y rescoldo de verbenas, palpitaba como un sér vivo. Los faroles de gas se metían en la fronda del arbolado, empapándolo en dulzura y encendiendo en cada hoja el ampo de un lucero.

—Yo también, yo también—se decía la pobre Angelita corriendo hacia el teatro.

Iba al camerino de la actriz, a probarla un vestido. ¡Y qué vestidos, señores! Era un traje de rosa carmesí, adornado con punto de España. Un chal de gasa bordada y un abanico, agitado de continuo, recatarían el amplio descote. La dama iría destocada. Lazos color de rosa sostendrían los racimos de su negra cabellera, como si tuviese en cada sien una peonía sedosa pronta a deshojarse.

Conocían a Angelita los electricistas, los escenógrafos, las costureras, toda la grey operaria del teatro, porque la habían visto muchas veces entre cajas siguiendo extasiada la actuación de los artistas.

—Aquél no sabe mover las manos. Ese no sabe salir; ese otro está engolado...

La señora González producía alucinaciones, deslumbramientos. Ahora tenía allí bajo sus manos. Prendía alfileres.

—Sí, señora; esta noche será un gran éxito.

—Estoy muy contenta del traje.

Como enredadera de ardores y de enigmas escalaba el perfume de la señora—perfume de liturgia antigua, hecho de áloes, clavel y canela, mirra y enebros—las rosas iluminadas de la estancia.

—Yo también, señora González; yo también—decía prendiendo los alfileres.

—Sí, Angelita; tú también, tú también—decía la señora, distraída.

Angelita rompió a llorar con grandes sollozos. La señora González se volvió a mirarla estupefacta.

—He decidido, Angelita, que te quedes con nosotros, que vengas a coser para el teatro.

Y es que en los corazones jóvenes ha puesto Dios, para regalo del mundo, las semillas de todas las plantas del Paraíso. Y sólo en el andar de los años reconocemos el inmenso número de las que no han fructificado.

Pero Angelita pudo, sin embargo...





Carmela en los Estudios.

Por ALFREDO MARQUERIE

Zero el agobio y la angustia del hogar eran cada vez más penosos. Carmela leyó un día el anuncio de un periódico donde se pedían comparsas y figurantes o, dicho con palabra bárbara, "extras", para los estudios de cine. Y sacando fuerzas de flaqueza acudió a

oficinas que se consignaban en el papel impreso. Esperó sentada en un elegante zaguán, sobre el largo banco donde aguardaban turno, como ella, una serie de tipos de los más diversos pelajes y cataduras. De vez en cuando ardía y crepitaba encima de sus cabezas la vibración de los timbres eléctricos. Se abrían las puertas encristaladas de los despachos, tatuadas todas con un número y un nombre; circulaban "botones" y ordenanzas; cruzaban burócratas con carteras negras bajo el brazo y una voz anunciaba:

—¡A ver! ¡Que pasen los tres siguientes!

Los aspirantes al trabajo cinematográfico se alzaban del banco y desaparecían por el recodo de un pasillo. Había allí hombres viejos con cara e indumentaria de cómicos sin contrata; mujeres gordas de hablar desgarrado y arrabalero que llevaban de la mano a niños y niñas con rizado de peluquería y pretensiones de precocidad en el canto y en el baile; muchachas muy pintadas, de ademanes desbocados y voz ronca, y también jovencitas de aire apocado como Carmela, con medias zurcidas y trajecillos pasados de moda, mecanógrafas sin oficina, opositoras sin plaza, hijas de familia modesta que buscaban el suplemento para la casa o para comprar el traje de la temporada o para costearse la diversión. Algunos de estos figurantes habían actuado ya en otras películas y hablaban con familiaridad de estrellas y directores, de incidentes del rodaje, de viajes, de los precios del bar en los estudios... Otros acudían al señuelo del cine por primera vez con cierto aire inevitable de naufragos sin equipaje, con mueca de disgusto y cara de hambre. Le extrañó a Carmela el hecho de que ninguno de sus compañeros y compañeras de curso hablaran con ilusión sobre el trabajo que pensaban realizar. Nadie pasaba en sus aspiraciones de ser contratado como comparsa mudo y de que los días de rodaje fueran el mayor número posible. En el banco de Carmela no había ningún opositor a la fama, ningún candidato a la Gloria. Así se lo dijo a un muchacho de pelo rojizo y de cara angulosa que fumaba incansable pitillo tras pitillo y que se había sentado junto a ella. El mozo la contempló con cierta expresión buflona, y después corroboró:

—Sí, es cierto, aquí nadie sueña.

Tampoco Carmela soñaba. Se limitaba a pedir trabajo en el primer oficio que le saltó al paso y un poco a la desesperada, con el deseo de encontrar algo, cómo y donde fuese... Al fin llegó el instante de su llamada. Pasó a un despacho donde el contratista de la figuración—un hombre de barba cerrada y grandes gafas—, sentado ante una mesa cubierta de ficheros, contempló un instante a Carmela, le preguntó si había trabajado muchas veces y le tomó la filiación. Después ordenó a un joven ayudante que aguardaba con un gran pliego de papel en la mano:

—Todos los admitidos hoy que se presenten mañana, a las ocho.

El ayudante preguntó a Carmela:

—¿Tiene usted traje de noche?

Y ante la respuesta negativa de la muchacha, advirtió:

—En ese caso, se lo facilitarán en los estudios; pero ya sabe que sólo cobrará la mitad.

Carmela se encogió de hombros. Después de todo, el dinero que le dieran sería bien recibido. Cuando llegó a casa y comunicó a Joaquina la decisión que había tomado y el resultado de la gestión, la hermana no ocultó su tristeza.

—Pero chiquilla—la dijo—, ¿tú sabes lo que has hecho? Ese es un oficio...

—... como otro cualquiera—atájó Carmela—. Ni mejor ni peor. Si trabajo y me pagan, no creo que cometa un acto deshonesto.

—Desde luego. Pero eso de alquilarse para salir en la película es lo último.

—¿Por qué?

—Por las gentes que acuden, por el ambiente, por todo.

Carmela dió un golpe cariñoso en la mejilla de su hermana.

—Vamos, no seas rancia. ¿No me he portado siempre bien? ¿No tienes confianza en mí?

—Absoluta.

—¿Te importa el "qué dirán"? ¿Nos van a retirar el saludo las amistades?

—Para el caso y la falta que nos hace...

—Pues entonces...

Al tiempo que extendía el blanco mantel y ponía los cubiertos en la pequeña mesa del comedor, entre el tintineo de las copas y el gemido de la puerta del aparador, que al abrirse exhalaba siempre un lamento casi humano, Joaquina rezongó:

—Pero eso del trabajo en los estudios siempre me ha parecido algo muy penoso. ¿No irás a enfermar?

—¡Uy, madraza, que no eres una hermana, sino una madraza!—le replicó, con guiños de burla y mimo, Carmela—. Figúrate que, según me han dicho, tengo que salir en una fiesta de gran lujo, sentarme con otras chicas y bailar. Eso es todo. ¿Ves qué penoso y qué peligroso? Anda, trae la sopa, y a ver si cuando cobre mi primer sueldo podemos comer algo mejor.

—En eso sí tienes razón. No hay otro remedio. Pero, de todas maneras, ¡cuánto mejor hubiera sido encontrar trabajo en un comercio o en una oficina!

—Nada de eso—concluyó Carmela, aunque sin poner gran convicción en sus palabras.— Verás como esto es mucho más divertido. ¿Quieres acompañarme?

—¿Yo?—preguntó Joaquina, horrorizada.— ¡Dios me libre!

Y amplió la exclamación con un aspavento de sus manos finas, delgadas, señoriles, pero estropeadas dolorosamente por los ásperos trabajos caseros.

A las ocho en punto estaba Carmela en el jardín de los Estudios. A un lado, la alta verja que acotaba y limitaba la dimensión verde del paisaje, con sombras de pinos y soleados álcores. Al otro lado, los grandes pabellones, de una arquitectura fría y utilitaria, con anchas puertas de pesado cierre, como de caja de caudales. Pasó Carmela con los otros comparsas, guiados por el regidor, el edificio de la sastrería, y allí trocó su vestido humilde por un traje de noche de gasa blanca que dejaba su espalda al desnudo y jugaba graciosamente con la morenez de su piel. El peluquero la recogió el peinado muy airoso y subrayó los rasgos de su fisonomía con los afeites y los polvos de color ocre. Empezaban ya a sonar en su oído los vocablos de extranjería que componen el argot del cine. Gritaba el regidor:

—¡Todos al plató! ¡Vamos, vamos, al set!

A Carmela le agradó el decorado donde tenía que actuar. Simulaba ser una terraza de un gran casino. Había distribuidas numerosas mesas con pantallas, vasos, copas y botellas ahogadas en plateados cubos de hielo. En un tablador ornado de guirnalda ensayaba la orquesta. Los músicos estaban vestidos de frac blanco. En el centro de la terraza se dibujaba el óvalo de una pista de baile con parejas. Al fondo, las luces de las ventanas del casino, encendidas, dejaban entrever salones con suntuosos damascos y titilantes arañas y verdes mesas de juego. Todo el mundo iba de etiqueta. Sonó un silbato. Se encendieron los focos, y desde la tribuna, donde apuntaban, como armas incruentadas, las lentes de los objetivos, anunció la voz del director:

—¡Atentos al ensayo!

Y corearon los ayudantes:

—¡Nadie mire a las cámaras!

Ocupaba Carmela una de las mesitas de la terraza. Y uno de sus compañeros de trabajo, alto, joven, guapo, con el pelo muy negro y los dientes muy blancos—chispeaba en ellos la luz de los proyectores—se dirigía hacia ella, al tiempo que, obediendo a las indicaciones del director, le saludaban los de una mesa vecina.

—¡Adiós, marqués!

El fingido marqués se inclinaba ante Carmela con una gentil reverencia y la invitaba a bailar. Luego, los dos, mezclados y confundidos con las restantes parejas, se perdían en las lentas, graves y ceremoniosas evoluciones de un vals, que ensanchaban sus círculos en la pista, en la clásica imitación de las ondas de un lago.

Entre la vibración del silbato, los chasquidos de las claquetas, las voces de "Se va a rodar", "¡Silencio!", "Atención", "Cámara", "Stop!", transcurrió la mañana. De plano a plano, Carmela habló con el comparsa que le había correspondido como acompañante y pareja de danza. Admiró ella la elegancia de su frac impecable, y él le dijo que se llamaba Raúl.

Luego, en un descanso, salieron a pasear por el jardín, como al resto de la figuración. El ambiente de los Estudios cobraba un aire de inusitada elegancia a causa

JOAQUINA, la hermana mayor, abrió el cajón de la cómoda donde solía guardar el dinero destinado a las atenciones de la casa. Contó cuidadosamente los arrugados papeles de los billetes de Banco, y después de exhalar un lamento o suspiro, dijo, moviendo la cabeza:

—¡Tampoco nos basta en este mes el dinero de la pensión! No sé cómo nos vamos a arreglar.

Carmela, sentada en una silla baja, junto al balcón abierto a la calle de primavera, costía, escoltada por la batería de las floridas macetas. A lo lejos, desde la atalaya del quinto piso, en el barrio modesto, se dibujaban sobre el cielo claro de la tarde, por encima de tejados, terrazas y chimeneas, las onduladas curvas de la sierra.

Vela Carmela trajinar a su hermana por la casa y contemplaba con ternura aquella cabeza emblanquecida ya con prematuras canas y el rostro ajado y pálido, donde brillaban, con el resplandor de una belleza antigua, los ojos claros y luminosos y la boca de finos y encendidos labios. Bajo los pliegues de la bata casera aún se mantenía erguida y firme la gentil silueta que inspiró versos en los abanicos y que cubrió de nombres los "carnets" de baile, guardados, como reliquias melancólicas, en la vitrina de los recuerdos, junto a las figuritas de porcelana y marfil, y a las pipas de espuma de mar, y a las joyas coloniales que el padre trajo de Cuba en tiempos de lejano esplendor.

Carmela sentía por su hermana una admiración fervorosa. Al quedar huérfanas, Joaquina había hecho las veces de madre, y ella la educó con una dulzura y una sencillez donde no podía rastreadse la menor exhibición de sacrificio. Cumplió gozosa su misión, y aquellos versos de los abanicos, aquellos nombres de los "carnets" de baile, decían a las claras y a todas luces que Joaquina pudo casar y ser feliz. Tal vez "la carga" de la hermana menor ahuyentó a los galanes. O quizás ella fue rehuyéndolos sin artificio declamatorio, sin dar importancia al generoso rasgo, para consagrarse en alma y vida al cuidado de Carmela. Nunca hablaron las hermanas de esta cuestión. Si alguna vez la pequeña inició la conversación con palabras de gratitud, Joaquina, con un mohín de disgusto y una fraca trillante, cortó la posible explicación:

—¡Bah, bah! Esas son tonterías. Cuando veo a mis amigas casadas y los apuros que pasan, mucho mayores que los nuestros, me alegro de ser una solterona... ¡Pues sí que está buena la vida!

Esta era, en realidad, la única sombra que oscurecía las horas de las dos hermanas, el único peso que gravitaba sobre sus vidas sencillas y aladas: la preocupación, el agobio económico. La mano de Joaquina se hundía en el abierto cajón de la cómoda con verdadero temor. Recontaba con susto el dinero, que no llegaba a cubrir las necesidades del mes.

Joaquina había procurado a Carmela estudios y conocimientos útiles, le costó colegios y academias, percatada del avance de los tiempos y de lo que exigen a la mujer. Pero la chiquilla, que ya era una muchacha esbelta y bonita, con los mismos ojos luminosos de la hermana, la piel morena, las facciones finas y bien proporcionadas y una gracia lánguida, un encanto armonioso y como de paso de danza en sus movimientos, no tenía suerte ni influencia, no hallaba destino ni acomodo. Ni tampoco amores. Y costó resignada en su alto balcón, con aire de imagen de estampa provinciana, o paseaba con las amigas lamentándose de su falta de éxito.

—Otras que valen y saben menos que tú se colocan—le decía—. ¿Por qué?

—No sé—respondía Carmela—. Es que quizás me faltan desparpajo y maneras. Soy un poco tímida. Y la presentación hace mucho.

Se le acercaban cortejadores ocasionales, compañeros de estudios, con propósitos de diversión poco o nada serios. Carmela no les hizo ningún caso. Intuía rápidamente, con aguda y femenina sensibilidad, lo que se encerraba en el fondo de aquellas invitaciones.

de los trajes suntuosos, y era como una prolongación de los escenarios. Las almidonadas pecheras y los vestidos de noche ennoblecían las figuras de la comparsa. Y a Carmela se le antojaba hallarse en la fiesta de un gran palacio o en el parque de un millonario donde jamás imaginara poder estar invitada. Era un poco dada a las fantasías, y la novedad del clima, la falta de costumbre y su misma juventud contribuían a embellecer aquella peripecia y a considerar su trabajo sin la amargura oído como los "extras" criticaban a la "estrella", cómo se lamentaban de la tiesura de sus cuellos de pajarita o de la falta de tabaco, todo el tinglado de su alegre farsa se habría derrumbado. Habría visto la cámara hueca, la máscara agrietada, el postizo de aquel mundillo del cine. Pero Carmela sólo tenía oídos para su galán improvisado. Aquel Raúl, aquel falso marqués que había prolongado espontáneamente en el jardín, bajo la limpia caricia de la luz de primavera, la charla iniciada poco antes bajo el forzado artificio, bajo la cruda y quemante luz de los focos.

Carmela, poco a poco, hábilmente sondeada por su compañero, fué refiriéndole su sencilla y plácida vida. Volvieron a la sala de rodaje, donde continuaba lenta y morosamente la toma de los planos de la fiesta. Pasaron más tarde al limpio y luminoso restaurante del Estudio, donde almorzaron juntos en una mesita. Y durante toda la jornada, con pausas e intervalos de descanso, continuaron su charla y sus confidencias. Raúl también le dibujó en dos palabras su biografía. Era un muchacho—según él—vulgar y corriente. No poseía ninguna carrera ni ningún conocimiento especial, y sentía una gran curiosidad por el cine. Como Carmela, actuaba por primera vez ante las cámaras.

—¿Y qué te parece el trabajo?—preguntó ella.
—Un poco pesado... Si no fuera por ti—respondió él, con gesto de fina galantería.

Se tuteaban desde el primer instante. Carmela vio que así lo hacían todos, considerándose como hermanados, como unidos por un vínculo familiar en la misma faena, y se sumó a la corriente, para no pecar de gaminería. Le gustaba aquella tarea. No podía ocultarlo. Cuando por la mañana había acudido a la cita de los Estudios, iba inquieta y temblorosa, con el recelo de un posible fracaso, con la angustia de la necesidad, con la indecisión de quien descubre un panorama intacto y desconocido, del que se ignora todo: el sabor y el peligro. Pero ahora, rotos los velos del misterio, cara a cara con la realidad, aquello le parecía fácil, soportable, llevadero, hasta agradable. Claro que en esta última impresión influía mucho el haberse visto un instante en los espejos, con su traje de gasa blanco, su rostro maquillado, su peinado nuevo, sorprendiéndose con la propia imagen, que realmente resultaba atractiva y bonita. Y también influía—¿por qué no decirlo?—la conversación y las atenciones de Raúl, respetuoso, educado, correctísimo, que cada vez le revelaba en sus charlas aspectos más atractivos e interesantes.

Carmela había sentido desde niña un amor encendido por los países y los paisajes, por conocer el mundo, más que en la realización para ella imposible de los viajes, en la versión rápida y concreta de los libros y del cine. Le gustaban las novelas donde los protagonistas desarrollaban sus vidas en escenarios exóticos y las películas que la transportaban a ciudades y naciones lejanas. Y Raúl, como se lo revelaba en las observaciones y en los comentarios de su diálogo, era, a pesar de su juventud, hombre que había pasado muchas veces la frontera.

—¿Conoces Londres? ¿Cómo es?—preguntaba Carmela.

Y él respondía:
—Una ciudad inmensa, cuyo fin no se divisa ni desde los aviones. Una ciudad ancha, al revés de Nueva York, y que adora y añora el sol entre la niebla. En el corazón lujoso de Londres, corazón de plata vieja, hay comercios, oficinas, hoteles, clubs... Pero todos los habitantes sienten el horror de lo urbano, viven en las afueras, sueñan con Hyde Park y en Hyde Park, o se van al campo los sábados por la tarde, en coches, en autobuses, en bicicleta... Con una prisa y un placer que más parece una huida.

—¿Y Berlín?
—Berlín es la matemática hecha ciudad. Todo está regulado, vigilando, medido. Berlín es la disciplina y el orden. Locales inmensos con guardarrópas gigantes. Si cruzas las piernas en el asiento de un tranvía, los demás viajeros te advertirán, te explicarán, te convencerán para que no hagas eso, porque entorpeces el paso. Y lo mismo si te detienes en una esquina o si das un billete doblado en una taquilla.

—¿Y París?
—Esa es una ciudad de muchas caras. Depende del barrio en que se viva, de tener o no tener dinero, de ser o no ser un turista. Pero, en general, París se define en dos palabras: Historia y Gracia. París es el buen gusto en un escaparate, la luz de los bulevares, la piedra negra de lluvia, las perspectivas claras donde se alza al fondo el Arco del Triunfo, la Torre Eiffel, el "bistro" simpático, el jardín y el museo, los corros ante los músicos que tocan el acordeón, el Cementerio literario, los puestos del Sena...

Carmela no se cansaba de preguntar, y Raúl contestaba a todo con una sonrisa condescendiente. Notaba ella que le había inspirado simpatía, pero que respondía a sus curiosos interrogatorios con cierto aire de superioridad, como si explicara un cuento a una niña.

Ya al borde de la noche, después de haber entrado y salido muchas veces en los pabellones del rodaje, Carmela no pudo reprimir una expansión de ingenuidad y confianza. Dijo a Raúl:

—Chico, cómo te envidio. ¡Cuánto has viajado y cuánto has visto! Te debo aburrir con mis preguntas... Debo parecerme tonta, ¿verdad?

—Nada de eso. Eres encantadora.
—Y dime—insistió Carmela—: ¿Cómo has venido a parar en esto?

—En qué?

—En lo de contratarte como "extra"...
—¡Ah...! Pues no sé. Por lo que te he dicho antes, porque no tengo oficio ni beneficio, porque me faltaba conocer algo nuevo, por probar...

Cuando después de cambiar su blanco y aéreo traje esotado por la ropa desgastada de todos los días, Carmela regresó a su casa, le aguardaba la inquieta impaciencia de Joaquina, que acudió rápida al timbrado de la puerta, secándose las manos en el mandilón—frontera y defensa para los desafueros de la cocina—. Había acabado ya de preparar la cena, y estallaba en preguntas que movían tanto la natural curiosidad como un tierno y cariñoso celo de hermana mayor ante la aventura de la pequeña:

—¡Di, cuéntame!
—Le fué refiriendo Carmela una por una sus impresiones mientras consumía con voraz y juvenil apetito la comida frugal. Y cuando, al fin, se hizo el silencio, la hermana mayor concluyó:

—Todo lo que me cuentas no está mal. Pero ese Raúl... Has intimado en seguida con él. Ten cuidado. No sabes quién es. En el ambiente del cine todo se confunde. Le has dado excesiva confianza, según dices. Un hombre que ha viajado así debe ser un aventurero. Carmela protestó:

—Es correctísimo. Muy educado. Y, además, ya sabes que yo siempre me haría respetar si hiciera falta. Pero en este caso...

—¿Qué?

—La precaución sobra. Ve en mí sólo una chiquilla.

—No te fies.

—¡Gruñona, gruñona!

Carmela aun oyó murmurar a la hermana mientras se desnudaba y envolvía en la fría caricia de las sábanas, en la soledad de la alcoba. Cerró los ojos y entró de golpe en el sordo mundo del sueño, al que le empujaban las emociones de la jornada. Y soñó...

Soñó que la mentira del escenario y del casino lujoso no era mentira, sino verdad. Que detrás del decorado no enseñaban su reverso tristes cuerdas, hierros y arpilleras, que no existían los focos ardientes ni hería los oídos el estridor del silbato, ni mordía el silencio la dentellada de madera de la claqueta ni sonaba autoritaria y malhumorada la voz del director. Soñó que el vals al que la invitaba Raúl no se acababa nunca y que "¡Adiós, marqués!" lo decían no unos comparsas desconocidos, sino unos aristócratas auténticos. Soñó que ella no era ella y que el marqués era un marqués. Los sonos de la orquesta terminaban al fin en un largo trémolo de violines. Raúl la tomaba de un brazo para decirle algo muy importante. Pero ¿qué era ello? En lugar de posar la mano delicadamente en su piel desnuda, la hincaba los dedos, la zarandeaba fuertemente, y ella caía en un pánico de asombro. Raúl, con el rostro borrado entre bruma, cambiaba la voz para decirle:

—Vamos, despierta, levántate. Que son las siete y vas a llegar tarde.

Abría Carmela los ojos. ¡Adiós al sueño! Era Joaquina, que, al borde del lecho y sin soltarla del brazo, insistía una y otra vez para que despertara bien, conocedora de la pereza que desde muy pequeña pegaba su cabeza a la almohada.

—Tienes que estar allí a las ocho. ¿No?

—Sí, como ayer.

—Pues hay que darse prisa...



No hacía falta la recomendación. Carmela volvía de nuevo a la realidad, pero curada ya de la falsa blandura de lo soñado. Y sin disgusto por el trabajo que le aguardaba.

Como una prolongación del día anterior y aun del sueño mismo, el ambiente y la tarea se reptan en trajes de noche. Carmela oyó al regidor y a los ayudantes que los planos impresionados la víspera habían resultado mal por desigualdad de luces y errores de la "estrella". Otra vez ocupó su puesto en la mesita de la terraza. Se encendieron los focos. Vió venir hacia ella a Raúl con el frac impecable, el andar seguro y una chispa de luz en la dentadura, que mostraba la viril sonrisa. Oyó a los "extras" de la mesa vecina reiterar la frase:

—¡Adiós, marqués!
Y tras la gentil reverencia, volvió a sumirse con su amigo, envuelta en oleadas de música, en los remolinos del vals.

A esta jornada siguieron otras semejantes, de prisa matinal agobiada por la impaciencia de llegar tarde a causa del retraso de los vehículos, de cambio de escenarios, de rodaje al aire libre, en un río, con paseos en góndola, traje de organdí y sombrilla—Raúl a los remos—. Los "extras" seguían siendo como invitados a grandes fiestas. Otro día rodaron las escenas de una cacería, donde Carmela, vestida de amazona, tuvo que hacer inverosímiles equilibrios sobre la montura de su corcel—Raúl de chistera y casaca roja—. Y siempre, entre plano y plano, seguía la conversación y la confidencia con su camarada de trabajo, tan atento y cortés como en el instante de su conocimiento.

Joaquina, por las noches, no ocultaba ya su apenado malestar:

—¿En qué hora te dejé que aceptaras tal trabajo! Me tienes asustada. Tú estás enamorada de ese hombre.

—Te repito que no puede ser más amable ni más correcto. Charlamos como buenos amigos, y eso es todo.

—Sí, pero tú...

Carmela rehuía la mirada de la hermana. Un asomo de rubor apuntaba en sus mejillas. Ni a solas quería aclarar sus pensamientos. Tal vez bajo las palabras previsoras y atemorizadas de Joaquina latía un fondo de verdad incontenible.

La hermana mayor dulcificaba su acento:

—No es que yo quiera ser para ti una madrastra...

—¿Qué cosas tienes, mujer!

—Lo que tengo son más años y más experiencia que tú, y debo velar por tu bien. No conozco a ese chico, pero te he oído decir mil veces que carece de profesión, que ha viajado mucho, no sabemos de qué ni con qué. Y cuando trabaja de "extra" como tú, para ganar cuatro cuartos, vais a juntar el hambre con las ganas de comer. Desde luego, en cuanto acaben la dichosa película, no vuelves más. Te buscaremos otra cosa. Si me hubieras consultado antes de ir...

Carmela objetaba tímidamente:

—Le has tomado manía a esto del cine. Bien; pero por Raúl no hay caso. Es un buen amigo y nada más.

Llegó el último día del rodaje. Carmela no podía ocultar un asomo de melancolía al decir adiós a los Estudios. Cierta que, al paso del tiempo, el trabajo se había hecho más penoso y más duro, fatigoso, repetido, monótono. Pesaba y escocía en los ojos la luz de los focos. El trato con los compañeros era burdo y desagradable, a excepción de las charlas con Raúl, invariable en su amenidad y en sus detalles de cortesía. Con Raúl estaba Carmela ante la barra del bar, sorbiendo la dulzura helada y rosada de un refresco, cuando entró en el local un grupo de esos amigos de los productores, ociosos, curiosos o socios del capital invertido en el film, que habían ido a presenciar la toma de las últimas escenas. Del grupo se destacó un hombre joven y elegante, de la edad de Raúl, que miró a éste con sorpresa y asombro. Y después, dirigiéndose a él, exclamó:

—Pero ¿qué haces aquí?

Raúl, azorado, como sorprendido en una travesura, se llevó un dedo a los labios, imponiendo discreción. Carmela, suspensa, boquiabierta, sin atreverse a llevar el vaso del refresco a los labios contemplaba todos los detalles.

Pero el amigo de Raúl llamaba ya a todos los del grupo con grandes gritos:

—¡Eh! ¡eh! ¡Fijaos qué sorpresa! Un marqués venido a películero.

No hubo manera de ocultar la aventura. Raúl, un poco avergonzado ante el ruído de los curiosos, explicó:

—Queréis. Estaba aburrido, deseaba conocer el cine por dentro; pero no como vosotros, en una visita a los Estudios, sino de verdad, contratándome de "extra", lo mismo que un día me alisté en la Legión, igual que otro me enrolé de fogonero en un trasatlántico.

Corearon los amigos:

—¡Siempre serás el mismo! ¿Y qué? ¡Cuéntanos!

—¡Pach!—concluyó Raúl, pagando la cuenta del bar—.

No tiene demasiado interés. Es bastante aburrido.

Luego, en un aparte, se despidió con su mejor sonrisa de Carmela:

—No pensaba decirte nada, si éstos no lo hubieran descubierto. Te pido disculpas por haberte ocultado mi nombre. Son... excentricidades. Créeme, he tenido un verdadero placer en conocerte.

Estrechó su mano y se alejó con el grupo de los amigos, entre abrazos y risotadas. Carmela, atónita, vacía de pensamientos, sentía que le zumbaba la cabeza como un estribillo torcido y pegajoso, una idea atormentadora, exclusiva, obsesiva: "¡No le volveré a ver más!... ¡No le volveré a ver más!"

Cuando, por la noche, regresó al hogar, Joaquina advirtió en los ojos de la hermana el brillo delator de un anuncio de lágrimas.

—¡Mira que eres niña! ¿Es que te da pena haber terminado la película? ¿Le habías tomado afición a eso? ¿O es que...? Pero, criatura, ¿qué te sucede?

Se había levantado Carmela bruscamente de la mesa. Había corrido hacia la alcoba y lloraba de bruces sobre la almohada. Entre hipo de llanto iba diciendo cosas ininteligibles que a la buena Joaquina le hacían dudar de la razón de la hermana.

—¿Y luego dicen que el cine es falso...! ¿Por qué en la vida sucedió como en mis sueños y no como debía ser en la vida...? ¿Por qué el marqués era marqués...? ¿Por qué fué todo verdad...? ¿Por qué no fué todo mentira?

USTED, ¿no conoce el Jardín Botánico?

—Sí — contesté —; pero... poco.

—Todos lo conocen poco, y, sin embargo...

En el aire se hizo hueco para la pena del "sin embargo" y quedó como una estela de cometa—pero esta la de ceniza—al alejarse de mi lado quien había pronunciado las palabras: Un hombre estafalario, como si fuese un actor caracterizado para el papel de pobre y sabio profesor. Alto, larguirucho, con prendas anticuadas y barbita rubia, entrecana y rala. ¿Desde cuándo no habíamos visto una figura semejante?... Lentes como los suyos y botas como las suyas y cuello como el suyo, en el teatro los vimos por última vez. Los lentes con cinta de moaré; las botas de tafilete abrochadas a un lado con negros botones opacos; el cuello alto, casi hasta las orejas, con el nudo de la corbata más abajo de la nuez, dejando ver el pasador.

Desde aquel día comencé yo a hablar del Jardín Botánico. Sin darme cuenta fui yo quien comenzó a preguntar extemporáneamente:

—Usted, ¿no conoce el Jardín Botánico?

—Sí...; pero poco. ¿Por qué?

—¡Ah! ¿Por qué?...

Nadie comprende por qué, pero si se piensa en esas palabras, mucho más si las repite en alta voz uno—quien sea—, se siente atraído misteriosamente, la imaginación se puebla de extraordinarias sugerencias, nos entra un desconocido cosquilleo de misterios y el pensamiento se deja seducir a cada instante con mayor fuerza hacia el recinto de un mundo conocido, pero poco. Jardín Botánico. Así otra vez. Jardín Botánico. ¡Prueben ustedes!

Sobre todo, si se llega a conocer al pobre y sabio profesor que me preguntó a mí, el Jardín Botánico consigue ganar nuestra atención, de suerte que el resto de nuestras preocupaciones ceden puesto a la preocupación mayor. La de este misterioso y al tiempo inocente Jardín Botánico, que algunos visitamos una sola vez y muchos no visitaron nunca, porque... ¡es tan simple la cosa!: un jardín como cualquier otro, más grande o más pequeño, en donde las plantas, las hierbas y los árboles ostentan un cartelito con su nombre científico. ¡Sin embargo!...

Yo comencé a rondar por los alrededores del Jardín, ciñéndome cada vez más a sus tapias, que en algunos trechos se convierten en verjas, y en éstas, a su vez, de trecho en trecho se abren puertas. Desde fuera, antes de dar el paso decisivo, atisbé. Nada de particular, sino una vaga sensación de cementerio; es decir, sensación de jardín, donde lo más importante no se muestra en la flor, sino que se esconde en la oculta raíz. Pero tampoco fué exactamente sensa-

ción de cementerio, si más bien de...

Al entrar en el Jardín Botánico lo comprendí en seguida. Era la sensación de haber penetrado en un convento. Así, exactamente, porque a un tiempo se respiraban juntas la vida muerta y la muerte de la vida. Una grave placidez invade los sentidos y la aparente tristeza de las plantas y del cielo y de la tierra se transforma lentamente en una clara alegría. Me sentí como en un pequeño mundo aparte del mundo, y la ciudad podía creerse lejana, casi inexistente, como si el Jardín Botánico fuera una isla rodeada de ciudad por todas partes, pero cerrada en sí misma, como las islas se cierran para el mar.

Caminé sin rumbo por estrechos senderos, leyendo los nombres de las plantas. Pronto me supo a latín de letanías la boca y se fué acrecentando en mí la sensación de pisar el recinto de un convento, porque allí la vegetación, como las vidas en los claustros, estaba exenta de pasión. Todo como levemente apoyado sobre la tierra, un tanto recogido sobre sí mismo, como a punto de volar.

Mi camino me condujo a un pabellón donde estaba instalada la biblioteca. Allí tropecé con el viejo profesor, ya nada estafalario, ni chocante por sus prendas anticuadas. Su presencia era natural y no cabía imaginarle con otro rostro ni con otra indumentaria. Tal como ocurre con el actor cuando está justamente caracterizado para representar su papel. Me mostró los ejemplares más queridos de sus libros, y supe de la existencia de otras flores desconocidas por mí: las flores decorativas, geométricas

e inalterables de las láminas que forman las colecciones científicas, en que se catalogan sus inmensas variedades. No eran aquellas flores como el dibujo de las otras flores que tuvieron existencia real, con su tiempo medido de vida y muerte, sino que eran el concepto de la flor dibujado: la flor que por representar a todas no llegaba a ser ninguna; el esquema donde no se posaron jamás ni el rocío, ni el gusano. Dibujos que no podían pasar del capullo a la flor, ni tener memoria de esas cosas tan conmovedoras para la flor, con las que ella fabrica su perfume, en el que ha de sobrevivirse eternamente?... Si dicen que se conserva el menor sonido: ¿creo que no puede ocurrirle menos a la más sutil esencia. Para aquellas flores, ¿dónde el hielo de su muerte, ni el sol de su ocaso, ni la brisa de su despertar, ni la lluvia de su sed, ni la sombra de su reposo?... ¿Dónde la mano de su tentación, ni la abeja de su promesa, ni el ramo de su solidaridad, ni el seno de su paraíso, ni el búcaro de su vanidad?

Sí. Todo cuanto me mostraba el profesor era hermoso, y todas las palabras que pronunciaba para definir eran poéticas y armoniosas; pero, sin duda, para un simple hombre como yo, eran cosas y palabras demasiado justas, excesivamente perfectas, angustiosamente exactas. ¡Así es, tal vez, el mundo de los sabios y de la sabiduría! Si para cualquier hombre basta decir "flor" para expresar una unidad singular, también es cierto que cualquier estudiante para decir lo mismo tiene necesidad de framentar la flor para comenzar a decir un poco de lo que quiere de-

cir. Al más sabio en flores, ¿qué le quedará de la flor? Tanto desuartizarla y alejarse: tallo, hojas, cálices, corolas, estambres, pistilos... ¿Hasta dónde se perderá?

De la biblioteca pasamos al museo y a los invernaderos y a los pequeños campos de experimentación y, al fin, a un largo pabellón, con una pared cubierta de grandes armarios con pequeños cajones numerados, y en la pared contraria, bajo los anchos ventanales, pupitres en fila, donde trabajaban gentes de edad diferente, uniformados con bata blanca. Debía de ser el laboratorio, porque en cada pupitre se amontonaban los útiles propios de estos lugares: microscopios, cubetas, matraces.

Y por todas partes, pasando de un pupitre a otro, grandes bandejas con pétalos secos y pequeñas fibras y pálidas hojillas. En fin, cadáveres de flor, que se catalogaban y se distribuían entre los ficheros, que parecían cumplir la función de breves tumbas, donde los restos de lo que fué viva flor iban a reposar eternamente. ¿Acaso el cielo de las flores? No, porque todos los cielos tienen su perfume y allí no se respiraba ninguno.

Era conmovedor para mí contemplar aquel mundo cerrado, donde unos seres vivían como dentro del círculo mágico de su vocación, ausentes del resto del universo, tan múltiple y diferente del suyo. Era conmovedor, y sentí noble envidia de aquellas vidas tan poco parecidas a las vidas que contemplamos cada día, tan coincidentes en sus preferencias: la película, el escaparate, la oficina, el café, el restorán.

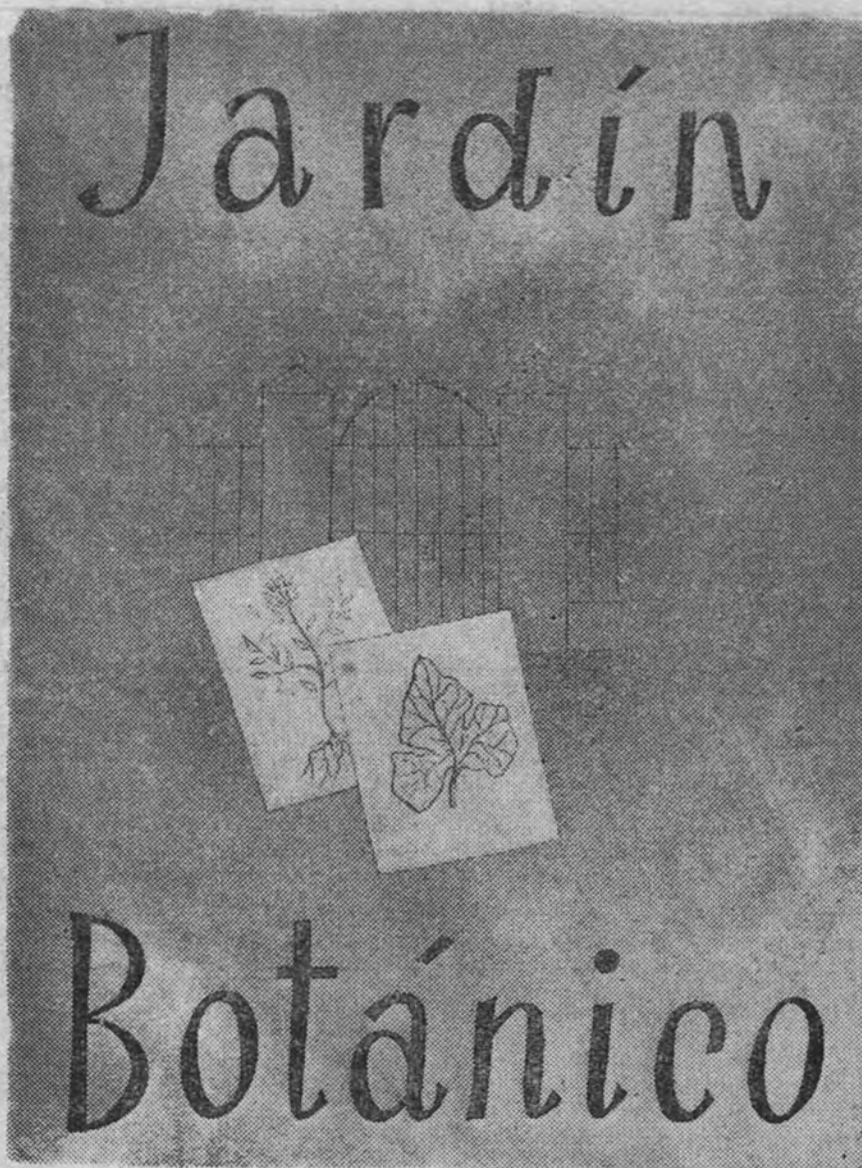
En una de las personas que trabajaban me fijé particularmente. Era una muchacha de gran belleza y extraordinaria palidez. Era su belleza tan inútil allí, que no pude evitar el pensamiento: "¿Para qué la querrá?"

—Es mi discípula predilecta —me dijo el profesor.

—¡Ah!

Profesor y discípula se miraron largamente en silencio. Yo comprendí que hablaban científicamente, aunque sin necesidad de palabras, porque no las precisaban para comprenderse. En los ojos de ella había, sin embargo, una luz especial que me hizo pensar. ¿Qué podría ser? Para mí era el único misterio que quedaba de todos los misterios del Jardín Botánico.

Ya en la calle, o mejor, otra vez dentro de la ciudad, confundido entre tantas gentes, tantos ruidos y tantos nombres vulgares, seguí pensando en la muchacha del Botánico. ¿Desde qué desengaño de la flor, o desde qué ignorancia de la flor había llegado hasta su pupitre, donde las flores se rompían en mil trozos y se llamaban con nombres griegos o latinos y no emanaban ningún perfume? Tanto pensé en aquella muchacha, que al fin creí saber la verdad, y tras de muchas dudas decidí escribir a mi amigo el profesor. Le decía así:



Por SAMUEL ROS

"Mi querido y admirado amigo:

Discúlpeme si me atrevo a sugerirle algo inoportuno o indiscreto; pero desde mi última visita al Jardín Botánico no he podido dejar de pensar en usted y también en su discípula. Creo advertir que no andan ustedes bien de salud; sin duda, el exceso de trabajo y la falta de sol. ¡Ella, tan pálida!

Pronto llegará la primavera y sería bueno para los dos—ella y usted—que aprovechando la ocasión del buen tiempo marchasen al campo para descansar y recobrar fuerzas para su trabajo. Intuyo que a ella no ha de parecerle mal este plan. Y una vez en el campo es posible que a usted se le ocurra coger una flor (fijese bien, no vaya a desconocerlas), y se la entregue a su discípula diciéndole: "para ti".

Nada más que esto se me ocurre decirle; piénselo y si se decide a hacer la experiencia no deje de comunicarme los resultados. Cuénteme también lo que a ella le parece una flor, una flor del campo, viva, entre sus manos, mientras la mira usted.

Cordiales saludos de su buen amigo".

No recibí contestación; pero hoy, al cabo de dos años, me encuentro al profesor y a su discípula colgada de su brazo. Delante, empujado por ambos, un cochecito.

Ellos no me han conocido. A mí me costó trabajo reconocerles, porque él parece otro, se diría que es como cualquier hombre y viste muy correctamente a la moda. Ella tiene un hermoso color sonrosado y los dos pronuncian con frecuencia una palabra entera, con la que expresan la unidad para ellos más bella y singular: NIÑO.

Sé que nunca romperán esta palabra en fragmentos de sabiduría: piernas, brazos, ojos, frente. Nunca la romperán; si acaso, la cambiarán por otra más fuerte, más indivisible e insustituible: HIJO.

Aunque no me reconocieron, yo no estoy triste. No lo estoy, porque alguien me ha dicho que me andan buscando y al niño le pusieron mi nombre. Cuando me asome a la cuna para leer la contestación de mi carta yo diré simplemente: FLOR.



Cuando los Magos no venían

Por JOSE M.^a SANCHEZ-SILVA



ERA el tercer año en que la caravana de los Reyes Magos no pasaba de los parapetos de la Ciudad Universitaria. Había llegado antes de que el día despuntase, y tanto ellos como los servidores de a pie y a caballo aplastaban sus caras curtidas contra las troneras intentando, siquiera, llevarse en los ojos oscurísimos la imagen última de Madrid. Pero la ciudad se recataba tras el húmedo velo de la noche en fuga y, si acaso, un morterazo próximo, un "paco" extemporáneo o una alegre y breve ráfaga de ametralladora levantaban fugazmente las sombras para descubrir una piedras en desorden o la mueca siniestra de un vehículo despanzurrado.

El largo cortejo invisible y friolento de camellos y caballos, de esclavos y guardianes, de sabios y magos y reyes, tenía prisa aquel 6 de enero, porque estaba anunciado que allá lejos, donde se hinchaba la vena gorda del Ebro, galoparía la Muerte desenfrenadamente de orilla a orilla. Así, pues, dejaron los Reyes de mirar las sombras aun antes de que éstas abriesen paso al primer blancor del amanecer, y apartando sus cabalgaduras del bulto de guardianes, centinelas y retenes, pusieron en camino silenciosamente, no sin esparcir antes buenas valijas de tabacos y licores para los soldados en duermela.

En cambio, el amanecer cogió allí al soldado Juan, listo y bien despierto, junto a su ventana parapetada con sacos terreros. Desde la rendija, por encima mismo de la mira del fusil, veía a lo lejos teñirse la mañana lechosamente y crecer e inflarse co-

mo una nube pintada precisamente tras las altas azoteas de la casa de ladrillo, emergiendo casi sola en el arrabal atormentado.

La casa de ladrillo era la casa número 11, llamada en tiempos "aprendiz de rascacielos" por su esqueleto aupado y estrecho como palo de mesana. La casa tenía su alma en el señor Feliciano, portero eminente, dotado de ribetes intelectuales, cuyo nacimiento debió ser precedido de rasgamiento de cielos y temblores terráqueos como de parto. El señor Feliciano, hombre a quien nada podía ocultarse porque todo lo presenciaba, era, con extraña ubicuidad, testigo sempiterno de cuanto en el empinado mundo del 11 acontecía. No había caída por la escalera, despido de sirviente, corte de luz, factura impagable, visita poco frecuente, o riña casera que a él le pasase desapercibida. Era, como él decía cuando

le imputaban veladamente ciertas calidades de espía irrenunciable:

—¿Y qué he de hacerle yo, Señor, si todo pasa delante de mis narices?

Así sucedía, como si los hechos careciesen de fuerza para producirse en ausencia del señor Feliciano, hombre probo por lo demás, de respeto y orden, a pesar de su viejo carnet de ugelista, jamás reñido con el escapulario del Perpetuo Socorro.

ENTRESUELO

Esta puerta de la izquierda ha tenido suerte hasta ahora, a pesar de que sobre la mirilla esté grabado por el tiempo el óvalo de la placa del Sagrado Corazón. Doña María se ha negado siempre a colocar otro letrero cualquiera, como le aconsejaban las desperdigadas señoras del Ropero. Doña María es intransigente, y su hija se ve y se desea para contener las impre-

globo. Cuando confesado entre ahumados y contra



caciones de la anciana contra la chusma. Tiene vocación de mártir, pero su hija, cuyo marido combate "al otro lado", ha de velar por el pequeño y sostiene una lucha constante por evitar el percance. Con la abuela, la hija y el nieto vive la criada fiel, viejísima, que es casi la más señora de la casa, pues ya no acierta nunca ni con la sal, aunque la haya. En el piso, forrados aún los muebles de blanco como los cogió la fecha inicial de la guerra, se dice misa todos los domingos y fiestas de guardar. Y hoy, que es día de Reyes, la salita tiene, a las ocho, su balcón cerrado y la luz encendida. El Padre está en el comedor, terminando de confesar a la criada junto al trinchero. Hay todavía un gran silencio en la calle. Doña María ayuda a misa, a pesar de sus años, y su hija reza ahora la penitencia entre dos butacas cuyos cobertores blancos recogen toda la luz del cuarto. Cada vez que entra el sacerdote a esta hora, con el balcón cerrado, se despierta en doña María un terrible impulso de gritar. El sacerdote no siempre es el mismo; pero sobre todo éste, que es joven y viste, naturalmente, de paisano y lleva un bigotito a la moda para despistar y el pelo negro muy planchado hacia atrás, le da unos sustos horribles siempre que viene.

Empieza la misa de la Epifanía del Señor, y la postura de este sacerdote de americana y corbata es tan válida que sobrecoge. De altar hace una consola que sostiene contra la pared un crucifijo de cabecera y el cáliz es una simple copa de cristal en forma de exágono, en cuyos bordes gruesos se multiplica la bombilla por sí misma y arroja al aire detenido seis cortas centellas multicolores. Doña María no cambia el misal de bolsillo al Evangelio; acompaña la misa de rodillas, contestando con una voz templada y ligeramente varonil. La lección de Isaías profeta va sonando en el latín apresurado del ministro: "Levántate e iluminate, Jerusalén..."

Y han llamado a la puerta. Una serena aceptación aprieta los labios del sacerdote un instante y doña María muerde un reniego que se le escapaba, mientras la vieja sirvienta tiembla y la hija sale a abrir. Reposadamente — ¡sea quien sea, Señor! —, el ministro prosigue:

—Hemos visto su estrella en Oriente y hemos venido con dones a adorar al Señor. Aleluya..."

Este señor Feliciano siempre está en todas partes en el momento más inoportuno. ¿Pues no ha traído una sillita de madera que ha hecho él mismo para el niño? Dice que a él no se le olvida que es día de Reyes y que ha querido que el peque lo celebre... De paso, claro es, ha visto el flexible del cura colgado en el perchero y ha hecho un guiño de inteligencia a la joven al marcharse, diciendo:

—Voy a ver, que el señor de arriba está peor...

Luego, como si no hubiera podido pasar nada, las tres mujeres han comulgado en fila apretada. El Pan del Señor ha venido en una cajita de pastillas contra la tos. Y el chico pequeño sigue dormido, con la silla diminuta del señor Feliciano arrimada a la cama tal que un perrillo de madera.

PISO PRIMERO

Parece mentira que a sus años la señora Genoveva conserve estas caderas incansables, poderosas. Son apenas las ocho y media y ya anda entre el primero y el entresuelo con su cubo, su bayeta, su asperón y su estropajo. De camino, el señor Feliciano le ha dicho a su mujer:

—No te andes fregoteando tanto, que no sé por qué me parece que al Gobierno no le gustan las escaleras relumbrantes...

El señor enfermo es como una pavesa entre las sábanas. Tiene las manos fuera y la cabeza baja, enfrentada con el techo oscuro. Los ojos, sin luz, hacia arriba, han perdido su antigua movilidad y aparecen obstinados y fijos, como si una larga procesión de sombras inciertas reclamase su esfuerzo. Es un señor viejecito, jubilado hace ya una docena de años. No tiene hijos y vive con su hermana, poco menor que él. Cuando el señor Feliciano entra por si algo se ofrece, rodean al lecho silencioso la hermana y dos vecinas más...

—Muy mal, Feliciano, muy mal...

En el rostro de la señora, sin embargo, no se refleja un dolor nuevo, sino el dolor de siempre, el diario dolor de las vidas sin continuación posible.

Se han sentado en corro, mientras el señor Feliciano arregla el pestillo de la puerta. El médico ya no viene, porque dice que no hay sino esperar. De vez en vez, las mujeres miran a la cama donde, a la altura del embozo, parece aún palpar una respiración que se apaga por instantes. Hablan, bajito, de los subsidios. Una ha comprado un kilo de soja por siete pesetas y otra cuenta cómo hace con sacarina un nuevo dulce de cáscaras de naranja. No se puede vivir, Señor: esta semana han dado cincuenta gramos de lentejas por cartilla... Y van dos meses sin aceite, sin leche, sin carbón.

El señor Feliciano ha conseguido ya apretar el tornillo de la puerta y sonríe para sí, complacido de la habilidad que alguien ha puesto entre su meñique y su pulgar. Los pequeños ruidos del pestillo han cesado y ahora el bisbiseo de las mujeres llena tanto la estancia, que el señor Feliciano se estremece porque le ha parecido de pronto como si en la habitación sólo estuviesen las tres mujeres y él, como si—exactamente—alguien invisible hubiese salido de golpe dejándoles solos. El señor Feliciano mira la cama: todo sigue igual. El enfermo no ha movido un dedo y prosigue su éxtasis boca arriba. El señor Feliciano

se aproxima y presta atención. Las mujeres han callado repentinamente y alguna se ha puesto en pie. Por fin, el señor Feliciano se ha quitado la gorra lentamente...

Una mujer ha dicho:

—Las nueve menos cuarto...

Y la hermana, que no llora, que lleva en la cara el mismo dolor de ayer y de mañana, responde suspirando:

—Era su hora de oficina...

Alguien, de golpe, ha abierto las dos hojas de la ventana y el cuarto, inundado de luz, parece ahora otro cuarto del que nadie acabase de salir.

PRINCIPAL

Claro es que el compañero Restituto no vivió aquí antes, en sus tiempos de pastelero, sino que andaba más bien al garete con la coima y el crío, sostenidos mal ambos y a regañadientes. El no había visto las casas con alfombras y dorados desde que abandonó sus menesteres de portador de bandejas cabeceras con escultóricas tartas de Santo, bajorrelieves de pastelillos multicolores o palacetes neoclásicos de turrones finos. En cambio ahora, con el agradable sistema mixto de la incautación, la evacuación y la ocupación, disfrutaba un piso de cincuenta duritos, amueblado, con baño — convertido en despensa y gallinero —, gas y calefacción central. Por las paredes, unos señores desconocidos le miraban impasibles desde sus marcos oscuros caminar por las habitaciones.

Por la mañana temprano, cuando se cree que Rusia es un edén con música de baile y pollo asado para todos y se sabe uno bien "la Internacional", da gusto abrir los ojos en una cama de caoba con edredón de plumilla. Y más si, al ratito, hierven todavía sobre el plato un par de huevos fritos con jamón bien curado. Y aún más si, junto al desayuno, se abre el periódico y se lee que se han tomado tres o cuatro cotas en la carretera de Extremadura, que son mucho más importantes que la provincia de Toledo. Pero la coima, que siempre ha de meter la pata, recuerda inoportunamente:

—Hoy son los Reyes, ¿eh?

—No digas estupideces. ¿O es que crees tú en "eso"?

—Yo no creo en ná. Lo que digo es que el pobre chico ya podía hoy tener su alegría...

—El chico lo que hace falta es que crezca pa irse a un frente y no andarse comiendo chocolate a dos carrillos.

—Pero hombre, si con cualquier cosilla saldrías del paso...



El compañero Restituto tiene una mentalidad koljosiana. Puede ser cierto lo que dice "ella". ¿Por qué no hacer lo que hacían los antiguos señores? En fin de cuentas, el propio Lenin ha hecho cien veces lo que hicieran los príncipes más beocios. El compañero moja bien una sopa en el huevo intacto y se la traga en pie. Una gola amarilla cae sobre el periódico abierto, y el comisario, después de limpiarla con la palma de la mano, se dirige a una alcoba, abre un armario de luna y regresa con una caja grande.

—¿Dónde está ese?

La mujer va por él y vuelve al punto con un zanquicorto de diez años. Le viene diciendo:

—Hoy son los Reyes. ¿Te acuerdas de cuando eras pequeño?

—Aquí tienes esto que te he comprado —dice el padre—. Pero no me creas en esas tonterías de magos ni magas o te rompo un hueso.

El chico abre la caja sobre la mesa. Es un mecano antiguo, fabuloso. En las "muestras", puentes y aeroplanos, buques y torres petrolíferas. En la tapa, por dentro, un letrero que el chico lee a trompicones:

—"Regalo de mi tío Alfredo en el día de mi primera Comunión". ¡Andá, padre, pero si yo no he hecho la primera comunión! —dice alzando los ojos asombrados.

—¡Toma, ni tienes un tío que se llame Alfredo, animal! —subraya el comisario con la boca llena de pan—. Es que lo he comprado de segunda mano —y le guiña un ojo a la coima, satisfecho, en tanto que el chico hunde las manos en el brillante piecero mecánico.

SEGUNDO PISO

Cuando el señor Feliciano sube con la "policía" y cierra la puerta del ascensor, hace un ruido desacostumbrado, un ruido que más parece un aviso.

Doña Nieves tiene dos hijos mozos, a quienes les ha dado por salir "fascistas": uno, Ramón; otro, Luis. Hace mucho tiempo, doña Nieves no sabe cuánto, los chicos trajeron caras nuevas y luego unas camisas oscuras, y más tarde, unos periódicos nunca vistos. Una vez, doña Nieves encontró, horrorizada, una pistola en unos pantalones. Lo que doña Nieves no sabe es que sus dos hijos estuvieron en el Cuartel de la Montaña, en julio, juntos sobre una ventana que daba a Ferraz... Ni que luego "paquearon" por los tejados hasta que pudieron "camuflarse". Ramón, el pequeño, se ha hecho "miliciano de la cultura" y ha estado varias veces en el frente, quizás con esperanzas de pasarse. Luis está peor, porque tiene un tiro mal curado en una pierna y se obstina en no cojear delante de la madre y, además, posee un certificado falso de trabajo y una inutilidad temporal ya vencida. Cualquier día puede caer en manos de esta gente y...

Cuando el señor Feliciano llama, están



solos en casa doña Nieves y Luis, porque Ramón ha salido. La "policia", acompañada de un extraño sujeto con aire delator, pregunta por Luis para llevárselo "solamente a la Comisaría". Entonces doña Nieves asegura que no está en casa, que el que está es Ramón, miliciano de la cultura en el frente de Guadalajara. Y lo prueba con la abundante documentación del hijo que no está, a quien basta el exótico uniforme para torear a los laceros gubernativos. El señor Feliciano no debe pasarle muy bien en estos momentos, porque se quiere morder el largo bigote, sin acordarse de que hoy se lo ha recortado cuidadosamente por la festividad del día. Y poco le pasa cuando la policía le hace confirmar lo que doña Nieves asegura.

Por fin, se van.

El señor Feliciano reanuda a cada escalón su normal ritmo respiratorio. Pero al llegar al portal entra Ramón, flameante, con su uniforme soldadesco de opereta revolucionaria y un poco balcánica. El señor Feliciano hace un gesto tan visible que la policía se percata y detiene al muchacho.

—¿Tú eres Luis Aguirre?

El chico no sabe bien si éstos bajaban ya o iban a subir. Supone lo último, puesto que a Luis no se le ve, y responde:

—Yo soy Luis Aguirre.

No hay más palabras. Se lo llevan al coche y el señor Feliciano se queda pasmado en la puerta, con su cigarro de yerbas quemándosele tontamente entre los dedos. Luego, el señor Feliciano lee sin querer el rótulo de enfrente, que dice: "Vinos. Aceites. Legumbres". Y exclama entre dientes:

—¡Demonio!

PISO TERCERO

Generalmente, el señor Feliciano tiene poco tiempo para dedicar a reflexiones, porque no en vano es el alma del 11. Ahora mismo le llaman del tercero con un recado urgente y un tanto misterioso:

—¡Que ya está ahí!—le han dicho desde un piso más arriba. Y el señor Feliciano ha descendido unos escalones en dirección al semisótano de la portería y ha gritado:

—¡Genoveva!

Al instante, la ancha portera ha cruzado su puerta como un tapón de champaña.

—¡Sube corriendo al tercero, que ya está ahí! Y toma el ascensor pa que llegues antes...

El señor Feliciano es muy riguroso valedor de la autoridad. Ni él ni los suyos usan el ascensor sino en casos de necesidad: pero lo tiene siempre con el cartelito de "No funciona" por esto de que los metalúrgicos de la U. G. T. están en la guerra.

En cambio, la señora Genoveva es violenta y desordenada, en contradicción con su aplomada naturaleza. Estaba fregando



los cacharros de la cena y sube remangada y con las manos rezumando grasa jabonosa.

En cuanto llega al tercero sale del ascensor sin preocuparse de cerrar la puerta. La del piso la espera abierta, con una mujer en el umbral.

—¡Que ya está ahí, señora Genoveva, dese prisa!—le dice con voz apurada.

Como una tromba, la portera irrumpe en un cuarto cerrado y al momento asoma la cabeza y pide agua caliente, tijeras, hilo y toallas. En el pasillo, un confuso grupo de mujeres se disgrega en todas direcciones y a cada momento llegan, en apretado silencio, con los objetos pedidos. Se oyen al través de la puerta algunos gritos ahogados. Por fin, la señora Genoveva sale y dice sonriendo anchamente con su voz radiante:

—Es una niña.

La señora Genoveva ha tenido muchos hijos, aunque luego se le hayan muerto casi todos. Y añade ahora, con voz confidencial, apretando a duras penas una sonrisa maliciosa:

—Cualquiera diría que se la han puesto los Reyes...

EN EL ALBERO

El señor Feliciano no es devoto del juramento, pero si hay algo que le crispe en este mundo es el vicio de dejarse abiertas las puertas del ascensor. Escaleras arriba, mascullando un sordo reniego, el señor Fe-

liciano llega al tercer piso y manda el ascensor hacia abajo.

Se ha templado algo la mañana, a pesar de que no llega la manilla grande del "Roskoj" al cuarto de las diez. Y un sol tibio y tímido va lamiendo las cosas como un cachorrete de lobo.

El señor Feliciano tenía que subir un día de estos a la azotea, donde ahora está prohibido asomarse y tender la ropa. Y sube ahora. ¡Total, un piso!...

Las tejas están separadas, rotas, reventadas por las explosiones y los cascos aéreos y antiáereos. El señor Feliciano va ordenando las tejas. De pronto, un gorrión le ronda nerviosamente, piando airado.

¡Nidos en enero! Han de haber cambiado mucho las cosas con esto de la guerra. Recuerda sus tiempos de chico, a la caza de nidos. Pero ¿qué cosa no veremos ahora, Gristo? Le ronda el pájaro rezagado y... "¡Ah, ladrón!"—piensa el portero—. Por aquí ha de andar lo tuyo, ¿eh?"—y sigue con sus tejas hasta dar con el excepcional nido chico, donde dos pajarraquines, desnudos y desmedrados hasta la risa, se acurrucan el uno contra otro. Son feísimos y se ignora dónde puedan tener el cuerpo, pues no se alcanza a ver sino dos cabezotas y cuatro patas como alambres. El gorrión hembra grita desesperadamente, pero en el corazón del piadoso ugetista no se alberga ninguna intención aviesa. El señor Felicia-

no se busca en los bolsillos unas migas antiguas y las pone en el pocillo pajizo del nido donde se agitan los bichejos. Luego se separa de allí y anda de espaldas hacia la puerta. El gorrión grande se ha lanzado sobre el nido y su pico experimentado busca en el fondo las migas para llevarlas, como es ley, a los otros picos.

El señor Feliciano respira hondo y mira a lo alto. ¡La vida, Señor, la vida! Pero acaba de sonar un zambombazo hacia la Universitaria, como si la guerra se encargase de poner el contrapunto a la frase del señor Feliciano:

—La muerte, Señor, la muerte...

NOTA.—Lo que a esta narración parece faltarle, esto es, la suerte del personaje Ramón Aguirre, que no se llamó así en vida, encuentra hoy remate justo en una de las cruces que se alzan sobre la tierra de Paracuellos del Jarama.



Lo que no se vende

Por JUAN ANTONIO DE ZUNZUNEGUI



embargo, por más que pensó en ello no acertó con el motivo de su desazón.

—Echate una querida—le propuso un amigo.

Y se la echó.

Pero, nada, seguía lo mismo.

—Comprate un yate e invita-

nos a los íntimos a hacer cru-

ceros por todos los mares.

Y compró el barco, y lo llenó

de amigos aduladores. Poco des-

pués cesaban con ondulantes este-

las el talle alcachofado del globo.

Pero, nada, don Lucas cada día

se mustiaba más.

—¿Has probado jugar al polo?

—No.

—¿Y al billar?

—También.

—¿Y si te dedicaras a la pes-

ca con caña?

—No me atrevo; tengo miedo

al rehuir.

—Si es por eso, lo mejor será

practicar junto a una estufa el

tute arrastrado.

—No; nunca me han «gustao»

los juegos violentos.

Se fué haciendo cada día más

rico y cada día una más inten-

sa tristeza le desahucaba. Los

amigos trataron de sitialle la va-

riedad, porque, eso sí, la vanidad

cada hora le echaba más tripa.

En cierta comida, a los pos-

tres, después de hablar de nego-

cios, opinó:

—Los millones, como los idio-

mas, lo difícil es la primer docena;

luego da ya lo mismo el tá-

galo que un negocio de vacas

suizas.

Y con la esperanza de que pa-

gase la cuenta, todos los comen-

sales asintieron.

Tieno en la ría de Bilbao una

constructora naval con dos gra-

das, dos guías provocativas de bi-

gote y más de dos preocupacio-

nes; porque cuando se tienen mu-

chos millones las preocupaciones

no faltan... Y, nada, que cayó en

una neurastenia maniaca impropia

de su posición.

Le vieron los mejores médi-

cos del reino. Un psiquiatra joven

y audaz opinó:

—Usted no ha nacido para millonario. Le pesan los millones como al faquin los baúles repletos. Tiene usted la obsesión del dinero, y mientras no deje usted de tenerlo no podrá llevar los millones con distinción.

Le hizo una calicata minuciosa, y al llegar a los rifones don Lucas se quejó:

—¿Ay, ay!

—¿No ve usted? ¡Es el peso, el peso! Le duele a usted en el mismo sitio que a los acarreadores que transportan grandes cargas.

—¿Y qué debo hacer?

—Borrar de su mente esa ne-

gociaril obsesión.

Permanecieron vacilantes, inde-

cisos.

—Es preciso que por lo menos

durante la mitad del día no pien-

se usted en quien es.

—Sería mi ruina.

—Al contrario. Los millones

son eficaces en cuanto uno se sirve

de ellos, no en cuanto ellos se sirven de uno.

—Yo me sirvo de ellos.

—No, no; ellos se sirven de usted. La prueba es que le duelen a usted los rifones, que es lo que les duele siempre a los cargadores del muelle y a los millonarios que no saben serio.

—¿Y si me doliera el corazón?

—¡Ah!, sería mucho más grave; pero eso es imposible; en mi vida profesional no recuerdo haber visto esa viscera en ningún millonario auténtico... Por el hecho de tenerla quedaría ya inva-

lidado para la gran riqueza.

El joven psiquiatra fuera cer-

tero en su diagnóstico. En ver-

dad don Lucas tenía la obsesión

de su dinero, y aún más padecía

la obsesión de que re lo robaban.

La temporada que pasó en su

yate, lejos de los negocios, le

exasperó aún más. Seguía sin

poder romper sus viciosas ama-

rras. Volvió con más obcecante

furia...

En su astillero las botaduras

se empuñaban.

Untada la «limada». Hechos

saltar los pies de roble que re-

tenían el casco, sobre su carro

de madera los barcos bajaban a

morder el agua espesa de la ría,

alegres de banderas, bambolean-

te.

eran los días pretenciosamen-

te llamados de la «guerra gran-

de», sin figurarse lo que iba a

venir después. Cada barco cons-

truido, unos cuantos millones más

a empuñachar la riqueza de don

Lucas. Pero luego, cuando com-

pulsaba cuentas y facturas, se le

secaba el pecho de coraje: «Con

este barco se ha debido ganar

más, mucho más.»

Y llamaba a los encargados y

golpeaba la mesa enfurecido.

—¿Aquí hay filtraciones, y os

voy a echar a la calle a todos

por...

«Por este camino, el día de mañana me lo voy a encontrar todo hecho», suspiró el niño, que era bastante espabilado.

Después de soltar un beso en

la frente de su padre, los mu-

chachos se retiraron.

Volvió a consultar el reloj.

—¿Lucas, por Dios! ¡Si sor-

prendieras algo, no vayas a ha-

cer una barbaridad!

—No te apures.

Se le sentía frenético, dispa-

rado.

A las doce y media mandó a

la sirvienta que bajase a abrir la

puerta.

—Pero, ¿adónde vas tan tem-

prano?... Aun no ha llegado el

coche—le advirtió la mujer avi-

zorando la calle.

—¿Déjame, déjame! Necesito

que me dé el aire.

Y descendió al jardín.

A la una y minutos estaba a

la puerta de la factoría. Llamó

con palmadas y gritos al porte-

ro. Pero el portero estaba dor-

mido. Al fin salió el hombre de

su caseta y al reconocerle le

abrió:

—¿Dónde está el guarda?

—Por ahí anda. ¿Quiere que

le llame?

—No, no.

Avanzó solo. Tenía la noche

una patente dulzura. La luna

argenta las humildes planchias

de hierro; finge tochos de plata

con los zóquetes de madera y quita

violencia a los grandes cascos,

vistiéndolos de una seráfica luz.

Las gradas, con sus grúas y de-

pósitos de material, se cuajaban

bajo la noche serena en la qui-

etud en que las habían dejado los

operarios.

Todo daba una impresión de

desmesura y misterio.

Encontró al guarda, al socaire

de unos maderos, jugando con el

perro.

—Don Lucas, pero ¿usted por

aquí a estas horas?

—No duermo bien y me vine a

dar un paseo.

—¿Ya, sí!

Permanecieron en silencio.

El perro intentó trepar por las

piernas del dueño.

—¿Ven aquí, «Gavilán»!—le

llamó el guarda.

—¿Qué, no hay ninguna nove-

dad?

—Aquí está esto siempre tran-

quilo—complació el guarda.

Don Lucas le clavó unos ojos

inquisitivos, feroces; pero no

percibió nada que denotase

complicidad en aquel rostro

bonachón.

Sacó la petaca y le ofreció un

pitillo.

—Gracias, señor.

Le dio fuego el guarda; luego

encendió su cigarro.

—Estos días de luna hay que

andar con ojo... Los choricerros...

—No crea usted; es más el ruido que las nueces. De aquí, además, no sé qué se van a llevar... Los vería yo en seguida.

Volvió a inspeccionarle. Tenía la cara tranquilizadora de un San José de retablo. «No debo dejarme impresionar por el aire bonachón», pensó.

Ahora el guarda se volvió, dió una chupada al cigarrillo y, contemplando a don Lucas con una cierta pena:

—Eso de no dormir cuando uno se acuesta es cosa de ricos; nosotros, los pobres, como llegamos muy «cansos», nos quedamos «roques» en seguida.

—¿Y cree usted que las preocupaciones de los mil asuntos que tengo yo en la cabeza...?

—No, si ustedes cavilan demasiado, pero no fatigan el cuerpo.

—En eso tal vez tenga usted razón.

—¿Por qué no sube usted al monte?... Comprése una escopeta y vaya al monte a menudo, verá como duerme.

—Sí, siempre estuve para aficionarme a la caza y nunca me decidí.

—Pues la ocasión la pintan calva... y nada de boticas.

Don Lucas se frotó las manos.

—Fresco, sí; ya viene un poco de fresco—reconoció el guarda.

Volvieron hacia la puerta.

—¿Vaya, don Lucas, que se alivie usted!—deseó.

—¿Gracias!... Y no me deje de vigilar.

—«Pa» eso está aquí uno.

Se metió en el coche y partió en seguida.

Doña Adela le esperaba impaciente.

—¿Qué? ¿Nada, verdad?

—Me parece que el guarda es una persona decente.

—¿Vaya! Más vale.

—Pero estoy preocupado.

—¿Pues?

—Me ha dicho que la escopeta es buenísima contra los insomnias.

—¿La escopeta?

—Sí; la escopeta de caza, y en el monte.

—De donde se deduce que le bueno contra el insomnio es el monte.

—Sí, claro, el monte con escopeta.

—Pero tú no puedes salir al monte con una escopeta cualquiera.

—En eso ya tienes razón.

Después de darle muchas vuel-

tas y consultarlo con el mejor ar-

mero de la villa, mandó fabricar

las piezas de la escopeta por se-

parado. Báscula y enata se las

harían en Guernica, que es don

de mejor trabajan esas partes.

Los cañones, de acero damasqui-

no, y el mecanismo de percusión,

en Eibar, en un tallerito fami-

liar que iba transmitiendo de pa-

dras a hijos e secretos. Y el me-

canismo de cierre, ¡ah!, el me-

canismo de cierre!, esa parte tan

delicada de la escopeta, fué cau-

sa de largas discusiones hasta

que se dió con la persona que

sabía hacer los mejores mecanis-

mos de cierre. Era un hombre ya

maduro. De chico, ¡ver su vir-

tuosismo, le llevaron los belgas,

en una de esas redadas que ha-

cían por el país vascongado, a

trabajar en las fábricas de su

tierra. Era el Manolito del ajuste.

La lima en sus manos sacaba al

acero musicales y extrañas per-

fecciones. Volvió a Durango, de

donde era, con unos cuartitos

ahorrados después de trabajar

varios años en Bélgica. Compró

una casita junto a la carretera

de San Sebastián y se dedicó a

la cria de gallinas ponedoras.

Pero don Lucas, después de fuertes

promesas, consiguió que abando-

rase momentáneamente las ga-

llinas ponedoras y se dedicase al

mecanismo de cierre.

Ya estaba todo decidido; cada

artífice en posesión del material

escogido para comenzar su labor.

La guerra había terminado hacía

unos meses, cuando en esto llegó

a Bilbao la noticia, tremenda noticia que había de revolucionar al arte cinegético: una fábrica de armas de Londres empezaba a vender escopetas de blanco seguro, que no marraban el tiro, cobrando siempre pieza. El capitán de barco que trajo la buena nueva le aseguró a don Lucas que él había tenido una en sus manos y matado desde cubierta un pitorro en una mañana de niebla.

Contemplaron al marino como a un enviado de la Providencia.

—¿Y cómo funciona?—inquirió don Lucas.

include the name of «Jefferson & Scott's» who have won at Montecarlo the «Gran Prix» on no less than eight occasions, and carried off the chief honours at the International Gun Trials, New-York 1914.

Más de cien años de fama y no menos de ocho «Gran Prix» en Montecarlo y las principales distinciones en las pruebas internacionales de 1914 en Nueva York.

Esto le emocionó a don Lucas; pero lo que acabó de lanzarle en brazos de tan importante casa fué la numerosidad de medallas obtenidas en diversos concursos:

Dublin
Viena
Filadelfia
Melburne
París
Calcuta
Nueva York.

«Parece gente seria», opinó después de leer bajo cada premio el año de su obtención.

No vaciló ni un instante.

«Model de luxe for pigeon shooting and hunting» (Modelo de gran lujo para tiro de pichón y caza), rezaba el catálogo bajo la fotografía de la escopeta.

Era un stradiarius de acero y madera. El mecanismo del expulsor automático, los cañones, los «chokes», el cierre, las platinas, el seguro, la báscula, las agujas, el disparador, la culata, el puño, la cantonera... Todo era perfecto, y su precisión tan exquisita, que nada extrañaba la certeza de la buena puntería.

Don Lucas escribió en seguida a la casa pidiendo un ejemplar. Recalcó bien, no se fuesen a equivocar y se la mandasen de las de sin blanco seguro, de esas que narran los tiros.

Pasaron dos semanas para cuando le llegó el arma de Londres. Los últimos días don Lucas y su señora ya estaban muy nerviosos.

—Abre, abre la caja tú—le mandó él.

Fué un «Ah!» de estupor y de pasmo el que surtió de las dos bocas.

El fabricante de había echado todo el arte posible. En cada platina lucían grabados dos encantadores motivos. Uno representaba una becaada perseguida por perros. En el momento en que la van a atrapar resbala, malherida, en un lago. Al fondo se columbra entre la niebla una abadía gótica. El otro grabado expresaba la próxima caída del príncipe de Gales del caballo. Se le ve al heredero del Trono en el momento de salir delicadamente despedido por las orejas.

—Es para tenerla en una vitrina—exclamó la esposa, entusiasmada.

—¡Estos ingleses...! Lo que no hagan los ingleses no lo hace nadie—se atrevió a asegurar don Lucas.

—Yo que tú no la llevabas a monte.

—Pero con el monte sólo, ¿qué hago?

—¡Es verdad!

Permanecieron un rato en silencio, contemplándola. No se atrevían ni a tocarla.

—Yo que tú compraba otra más barata y ésta la guardaba para enseñar.

—Es preciosa—confesó él aborrotándose.

—Y el aparato para asegurar la puntería, ¿dónde lo tiene?

—¡Cuidado! No la muevas, no se le vaya a desviar.

Fué en los primeros días de agosto. Habían ya cortado el trigo en la Rioja, Burgos y Palencia, cuando la doncella abrió la puerta del despacho y anunció:

—Hay una comisión de codornices que desea ver al señor.

Don Lucas se puso en pie nervioso. «Como si lo viera, éstas vienen a pactar», pensó.

—¡Que pasen!—ordenó con tono autoritario.

Entraron resabiadillas, temerosas, humeándolo todo, y cuando don Lucas les animó a que se sentasen, lo hicieron como lo hacen las aves, retirando diligientemente las plumas tiñoneles.

—Usted se figurará a qué venimos—aventuró la codorniz que tenía aspecto más grave de las tres que formaban la comisión.

—Sí, sí, me lo figuro—contestó desoladamente el millonario.

—Éstas (me refiero a todas las jóvenes) se han asustado al oír hablar de esa escopeta que no falla el tiro que le han mandado a usted de Londres... y, claro...

una es vieja—continuó la codorniz esponjando las plumas del cuello—y, la verdad, se le hace difícil creer ciertas cosas...; pero la mocedad...

—Me ha llegado—cortó don Lucas, un tanto molesto.

—¡Vaya! Parece que le disgustan mis apreciaciones.

—No, no; siga usted.

—Como le iba diciendo, desde que se supo entre nosotras lo del invento, todo el averío está aterrorizado. Cuando más tarde nos enteramos que, efectivamente, a usted le había llegado la escopeta... la cosa era inminente; nos reunimos para tomar acuerdos...

La presidenta de la comisión miró a las dos codornices más tiernas; luego prosiguió:

—Usted no necesita moverse de su casa; usted se está aquí quietecito, como si no hubiera recibido la escopeta. Nada de fatigarse bajo el sol. Nosotras le mandaremos aquí todas las semanas, mientras esté abierta la venta, tres codornices. Llegarán, tocarán el timbre, pasarán a la cocina...

—Son muy pocas—replicó despectivo don Lucas.

—Enviaremos cuatro.

—Pocas.

—Le advierto que no estoy autorizada para pasar de las cinco.

—Eso ya es ponerse en razón.

La presidenta de la comisión suspiró ya tranquila.

A esta altura las dos codornices jovencitas, no sabiendo aguantarse, preguntaron a una:

—¿Podemos ver la escopeta?

Don Lucas titubeó; pero fué en el más fuerte la vanidad.



—Pasen a la sala.

Cuando abrió la caja de cuero las dos codornices jóvenes se desvanecieron.

—Es la falta de costumbre de ver escopetas—disculpó la presidenta.

—¡Vamos, chicas, vamos! ¿Qué dirá este señor?

Al fin se repusieron.

—Bueno, don Lucas; vendrán cinco, ¿eh?, cinco.

—Ni una menos; si no, salgo al campo—amenazó mirando a la escopeta.

—¡Por Dios!—temblaron las tres.

Fué a acompañarlas a la puerta.

—Por el balcón, será mejor por el balcón; así no tropezamos con nadie en la escalera—insinuó la presidenta.

Les abrió y salieron volando.

Volaron del mar a la meseta sin hablarse. La codorniz vieja iba muy preocupada. Unicamente cuando se reunieron con los suyos exclamó:

—Me parece que vamos a hacer una barbaridad.

Pero las jóvenes se le echaron encima.

—Como usted es vieja y le queda poco tiempo de vida, por lo visto no le importaba morir—increpó un pollito recién salido del huevo.

La pobre codorniz se calló al sentirse desamparada.

«Hay cosas a las que creo nunca llegaré la ciencia humana.

¿Cómo va a entenderse en dejar caer a las aves del cielo», pensó.

Miró a lo alto; un firmamento terso presidía la lucha de los pájaros y los hombres. Se llenó de una gran melancolía.

Cuando llegó el momento del sorteo pidió le dejasen acompañar a las pobres sentenciadas.

Volaron de la meseta al mar en silencio.

Era sábado; las diez y cuarto de la mañana. La doncella anunció:

—Las codornices, señor.

—¿Cuántas vienen?

—Cinco.

—Que pasen, y avise a la codorniz.

La codorniz vieja se escondió en un árbol del jardín. Durante el día permaneció allí a descansar y meditar su plan. De madrugada se metió por la ventana abierta de la cocina. Vió colgados al sereno los cadáveres de las cinco compañeras, esperando pasasen de sazón y quedasen manidos para comerlos en sabrosura. Se emborrachó de una noble idea de venganza. Alimentóse un poco picando unas sobras y durmió en el techo de un armario. Al día siguiente permaneció allí acurrucada, oyendo las conversaciones de los criados. Decían pestes del señor.

«Cuando el río suena...», pensó la codorniz. Vió dónde guardaban los rehues y aquella noche se dió un banquete.

Por los juicios de la servidumbre fué formándose un concepto aproximado de don Lucas.

Algunas mañanitas, para huir del calor de la cocina, escapaba por la ventana y pasaba el día en el jardín. En el centro se alzaba un cenador, donde solían re-

—No debemos sacrificar más hermanas estérilmente.

—Y si se enfada y sale a cazar, ¿qué hacemos las demás?

—gritó una madre de familia numerosa.

—No será para tanto—disculpó un macho chulón.

La codorniz vieja notó que esta vez era escuchada con más simpatía. Había un grupo, el de las madres de familia numerosa, difícil de convencer; pero los padres de las sacrificadas, y sobre todo los padres de las señaladas para los próximos sacrificios, se pusieron de su parte.

—Si no se le envía lo que le prometimos saldrá a cazar.

—Pues que salga.

—Y la palabra que le hemos dado?

—¡La faltan los hombres, para que la tengamos nosotras, pobres aves de Dios!

—¡Nada, queridas, nada! ¡No se le envía ni una codorniz más! ¡El que quiera caza, que la cace! ¡Basta de hacer el primo! ¡Es preciso que acabemos con nuestra leyenda de sencillez!—tempestó la codorniz vieja.

Las últimas palabras levantaron un gran entusiasmo. La codorniz vieja se dió cuenta de que la partida estaba ya ganada.

—¡Bueno, bueno! ¡Vosotras veréis!—se quejó una madre viuda con veintidós crías.

—¡Tú, so vejancóna, serás la responsable de lo que pase!—insultó a la codorniz vieja una hembra joven y peripuesta.

Se fué hacia ella, y si no interviniesen a tiempo, las demás, la hubiera dejado sin plumas.

—¡Bueno, bueno! ¡Vosotras veréis!—se quejó una madre viuda con veintidós crías.

—¡Tú, so vejancóna, serás la responsable de lo que pase!—insultó a la codorniz vieja una hembra joven y peripuesta.

Se fué hacia ella, y si no interviniesen a tiempo, las demás, la hubiera dejado sin plumas.

—¡Bueno, bueno! ¡Vosotras veréis!—se quejó una madre viuda con veintidós crías.

—¡Tú, so vejancóna, serás la responsable de lo que pase!—insultó a la codorniz vieja una hembra joven y peripuesta.

Se fué hacia ella, y si no interviniesen a tiempo, las demás, la hubiera dejado sin plumas.

—¡Bueno, bueno! ¡Vosotras veréis!—se quejó una madre viuda con veintidós crías.

—¡Tú, so vejancóna, serás la responsable de lo que pase!—insultó a la codorniz vieja una hembra joven y peripuesta.

Se fué hacia ella, y si no interviniesen a tiempo, las demás, la hubiera dejado sin plumas.

—¡Bueno, bueno! ¡Vosotras veréis!—se quejó una madre viuda con veintidós crías.

—¡Tú, so vejancóna, serás la responsable de lo que pase!—insultó a la codorniz vieja una hembra joven y peripuesta.

Se fué hacia ella, y si no interviniesen a tiempo, las demás, la hubiera dejado sin plumas.

—¡Bueno, bueno! ¡Vosotras veréis!—se quejó una madre viuda con veintidós crías.

—¡Tú, so vejancóna, serás la responsable de lo que pase!—insultó a la codorniz vieja una hembra joven y peripuesta.

Se fué hacia ella, y si no interviniesen a tiempo, las demás, la hubiera dejado sin plumas.

—¡Bueno, bueno! ¡Vosotras veréis!—se quejó una madre viuda con veintidós crías.

—¡Tú, so vejancóna, serás la responsable de lo que pase!—insultó a la codorniz vieja una hembra joven y peripuesta.

Se fué hacia ella, y si no interviniesen a tiempo, las demás, la hubiera dejado sin plumas.

—¡Bueno, bueno! ¡Vosotras veréis!—se quejó una madre viuda con veintidós crías.

—¡Tú, so vejancóna, serás la responsable de lo que pase!—insultó a la codorniz vieja una hembra joven y peripuesta.

Se fué hacia ella, y si no interviniesen a tiempo, las demás, la hubiera dejado sin plumas.

—¡Bueno, bueno! ¡Vosotras veréis!—se quejó una madre viuda con veintidós crías.

—¡Tú, so vejancóna, serás la responsable de lo que pase!—insultó a la codorniz vieja una hembra joven y peripuesta.

Se fué hacia ella, y si no interviniesen a tiempo, las demás, la hubiera dejado sin plumas.

—¡Bueno, bueno! ¡Vosotras veréis!—se quejó una madre viuda con veintidós crías.

—¡Tú, so vejancóna, serás la responsable de lo que pase!—insultó a la codorniz vieja una hembra joven y peripuesta.

Se fué hacia ella, y si no interviniesen a tiempo, las demás, la hubiera dejado sin plumas.

—¡Bueno, bueno! ¡Vosotras veréis!—se quejó una madre viuda con veintidós crías.

—¡Tú, so vejancóna, serás la responsable de lo que pase!—insultó a la codorniz vieja una hembra joven y peripuesta.

Se fué hacia ella, y si no interviniesen a tiempo, las demás, la hubiera dejado sin plumas.

—¡Bueno, bueno! ¡Vosotras veréis!—se quejó una madre viuda con veintidós crías.

—¡Tú, so vejancóna, serás la responsable de lo que pase!—insultó a la codorniz vieja una hembra joven y peripuesta.

Se fué hacia ella, y si no interviniesen a tiempo, las demás, la hubiera dejado sin plumas.

—¡Bueno, bueno! ¡Vosotras veréis!—se quejó una madre viuda con veintidós crías.

—¡Tú, so vejancóna, serás la responsable de lo que pase!—insultó a la codorniz vieja una hembra joven y peripuesta.

Se fué hacia ella, y si no interviniesen a tiempo, las demás, la hubiera dejado sin plumas.

—¡Bueno, bueno! ¡Vosotras veréis!—se quejó una madre viuda con veintidós crías.

—¡Tú, so vejancóna, serás la responsable de lo que pase!—insultó a la codorniz vieja una hembra joven y peripuesta.

Se fué hacia ella, y si no interviniesen a tiempo, las demás, la hubiera dejado sin plumas.

—¡Bueno, bueno! ¡Vosotras veréis!—se quejó una madre viuda con veintidós crías.

—¡Tú, so vejancóna, serás la responsable de lo que pase!—insultó a la codorniz vieja una hembra joven y peripuesta.

Se fué hacia ella, y si no interviniesen a tiempo, las demás, la hubiera dejado sin plumas.

—¡Bueno, bueno! ¡Vosotras veréis!—se quejó una madre viuda con veintidós crías.

—¡Tú, so vejancóna, serás la responsable de lo que pase!—insultó a la codorniz vieja una hembra joven y peripuesta.

Se fué hacia ella, y si no interviniesen a tiempo, las demás, la hubiera dejado sin plumas.

—¡Bueno, bueno! ¡Vosotras veréis!—se quejó una madre viuda con veintidós crías.

—¡Tú, so vejancóna, serás la responsable de lo que pase!—insultó a la codorniz vieja una hembra joven y peripuesta.

Se fué hacia ella, y si no interviniesen a tiempo, las demás, la hubiera dejado sin plumas.

—¡Bueno, bueno! ¡Vosotras veréis!—se quejó una madre viuda con veintidós crías.

—¡Tú, so vejancóna, serás la responsable de lo que pase!—insultó a la codorniz vieja una hembra joven y peripuesta.

Se fué hacia ella, y si no interviniesen a tiempo, las demás, la hubiera dejado sin plumas.

feroz para matarlas con sola su presencia.

El lunes no llamó a la puerta ningún volátil.

Martes, nada.

Miércoles, tampoco.

El jueves la servidumbre hacía ya chistes de botón gordo en la cocina.

La noche del viernes la pobre mujer deploraba la mala suerte de marido tan proceloso.

—Si mañana no vienen saldré al campo y arrasaré toda la comarca.

¡SABADO! Nada.

Saló la madrugada del domingo. Al dominar la Peña de Orduña, el perro, olfateando la llanura, empezó a ladrar.

Fué la codorniz vieja la que primero le divisó.

—¡Ahí está nuestro hombre!—alarmó.

Las compañeras asomaron el ojo despierto y sacudieron el pico.

—Demasiado aparato para tan poca cosa—dijo la codorniz vieja para que le oyese las demás y estuviesen tranquilas.

—Sí, sí—pieron las más tiesas.

—Bueno; ahora, a volar, que siempre es más difícil cazar al vuelo, y que el Señor nos proteja!—descó, un tanto conturbada, la codorniz vieja.

Para ofrecer menos blanco, se alzaron prolijas.

El millonario, al verlas, se echó la escopeta a la cara.

¡Plac!

¡Plac!

¡Plac!

¡Plac!

¡Plac!

¡Plac!

¡Plac!

¡Plac!

¡Plac!

¡Plac!

La codorniz vieja, que iba en cabeza, se volvió, y al ver a todas indemnes les dijo:

—¿Veis como no dan en blanco seguro las escopetas?

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!

—¡No dan en blanco seguro las escopetas!